

GENII

sociología
ciencia — literatura



A. Prudhommeaux: Socialismo y
cientificismo.—Louis Louvet: His-
toria mundial del anarquismo.
La Antigüedad.—Clara Mesnil:
Algunos recuerdos referentes a
Eliseo Reclus.—J. B. Priestley:
Dos charlas en la B. B. C. de
Londres. Los anarquistas paci-
ficos. — J. Souvenance: Vidas
ejemplares: Lucien Barbedette.
—Alberto Carsi: El punto de
vista y la realidad. ¿Será el na-
cimiento de una nueva filosofía?
—Doctor X: Crónica científica.
La sedimentación sanguínea en
patología general.—Dr. Pedro Va-
llina: Las enfermedades de los
pobres. El mal del pinto.—Pen-
samientos. La digestión de un
lector.—Ugo Fedeli: Bibliografía
de publicaciones anarquistas en
lengua italiana.—Ricardo Mella:
Ideario (folletón encuadernable).



BRERO
1955

50

Revista Mensual

PRECIO: 80 FR.

Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

Este miliciano contemplando, con los puños cerrados de rabia y la boca abierta en una risa convulsiva, la lucha de los aviones franquistas con los aviones republicanos, evoca los episodios sangrientos de una guerra revolucionaria en la que el pueblo español fué vencido con la ayuda del fascismo internacional y la complicidad de todo el mundo capitalista.

La escena es en Madrid, en los días trágicos en que la capital, casi sitiada, escribió páginas de heroísmo imperecedero. Pero las bombas que caían sobre los barrios madrileños, cayeron más tarde sobre Barcelona, sobre Valencia, sobre todas las capitales españolas, no caídas bajo el yugo franquista. Franco asesinaba a las mujeres, a los niños, a los ancianos, yendo a buscarles en el fondo de sus hogares. Franco destruía vidas de españoles sin escrúpulo alguno, como las destruía y las destruyó a miles por medio de la más sanguinaria represión que ha visto la historia de España, sólo comparable con los horrores del nazismo en Alemania.

¡Y es él, son ellos, los que hoy osan hablar de clemencia, de reconciliación, de paz entre todos los españoles! ¿Es que sus manos, como las de Macbeth, podrán algún día verse limpias de toda la sangre inocente derramada? ¿Es que algún día España podrá olvidar todos esos crímenes, todos esos muertos, toda esa lucha fratricida, por él desencadenada?

CÉNIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaría de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Elanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Fegleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lambert, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Faqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

Ayuntamiento de Madrid

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año V

Toulouse, Febrero 1955

Nº 50

SOCIALISMO Y CIENTICISMO



QUERIDO Leval,

Acabo de leer en la revista «Témoins» tu ensayo sobre «Bakunin y la Ciencia» (1). En ese diálogo póstumo con Brupbacher (que fué en su calidad de médico, un hombre formado por la disciplina mental de las ciencias naturales, como lo fué también nuestro Malatesta) es conmovedor ver a la Ciencia —con una C mayúscula— defendida por un literato, un emotivo y un poeta. Cuando los practicantes del método experimental asignan fácilmente límites al imperio de los conocimientos exactos y formulan reservas explícitas sobre su propio saber, tu confianza parece un acto de fé, por lo demás legítimo, a condición de que se le reconozca exactamente por lo que es.

Bakunin también se mantuvo toda la vida en el plano de las generalizaciones apasionadas a partir de intuiciones que le dictaron su lucha personal, y se entusiasmó por lo filosofía, esa Ciencia de las Ciencias Ciencia universal o Ciencia del espíritu, que se presentaba no solamente como «la experiencia acumulada de los siglos» (lo que quiede decir **la tradición**) condensada, coordinada y reflexionada, sino también como la revelación última de los secretos de la naturaleza, de la historia, del porvenir y de la divinidad. Que hubiese cedido al principio a la tentación monopolizadora y autoritaria de los grandes sistemas, para denunciarla después, esto constituye, en buena parte, el interés humano y el interés intelectual de su mensaje, y por mi parte nada encuentro a objetar a lo que quiere presentarse, sin reducción arbitraria de la unidad, como las dos caras de una misma existencia y de un mismo pensamiento. Haré solamente resaltar que la elección explícita ante la que se detuvieron Brupbacher y —en algunos textos que tú seguramente conoces— Malatesta, es tan válida como la tuya; ellos prefirieron el iconoclasta y el voluntarista, mientras que tú insistes sobre la continuidad entre Bakunin y la escuela kropotkiniana, considerada como escuela materialista doctrinal, defendiendo ambiciosamente la reducción posible de todos los fenómenos a su

análisis mecánico, sin excluir los fenómenos psicológicos y sociales.

Y bien, ¡sea! No limitemos anticipadamente, antes de toda equilibración natural, el imperialismo de la «verdad». Las ambiciones desmesuradas que se inspiran en la investigación científica siempre poseerán «la acción exaltante de las aspiraciones infinitas» capaz de seducir a distancia a los poetas y a los literatos de la ciencia; pero el carácter romántico y «místico» de esta atracción no puede negarse. La incertidumbre agnóstica es el estado normal del investigador, y todo naturalista, como todo físico (con mayor motivo todo sociólogo) sabe hasta qué punto es difícil de establecer una experiencia cualquiera, cuyas variantes sean limitadas a una sola o cuyos resultados puedan ser interpretados sin ningún equívoco; hoy se pone en duda incluso que ese ideal sea realizable en lo que concierne los fenómenos elementales y en pequeña escala; de suerte que la Ciencia estará eternamente condenada a no ser más que una suposición teórica fundada sobre la observación global del juego estadístico de las probabilidades. Por otra parte, toda teoría general y unitaria del universo, encuentra en la discontinuidad (hipótesis de los «cuantos») una piedra de toque que corta el vuelo de ciertas anticipaciones y decepciona ciertas esperanzas de los siglos pasados. ¿Cómo, por ejemplo, podremos constatar algún día la existencia de planetas no solares, si su peso y su luminosidad están, en la universalidad de los casos, por debajo del umbral de intensidad que los haría observables sobre la tierra?

Todo esto, me apresuro a decirlo, no entraña la pretendida bancarrota de la Ciencia (2), sino, por el contrario, el triunfo de la prudencia y de la modestia que caracterizan la actitud científica. Hoy ya no es cuestión de certidumbres, sino de riesgos de error más o menos reducidos y de aproximaciones más o menos admisibles. Y nada puede hoy ser declarado positivamente cognoscible, sino **a posteriori** y en la medida en que efectivamente se trata de algo «conocido». El sueño de una ciencia que consiguiese apoderarse de toda la realidad o integralmente de una realidad cualquiera, es sin duda alguna un **divinismo**,

una ambición sobrehumana y vana a la que hay que renunciar para mejor concentrar nuestro esfuerzo sobre los problemas **que nos interesan**. Dejemos, pues, por lo menos provisionalmente, la Ciencia en general, para concentrarnos sobre la sociología —entendiendo por ello, no la sociología positiva de Augusto Comte (presentada por él como una síntesis suprema de las ciencias matemáticas, físicas, químicas y biológicas llegadas a su completo desarrollo) sino la sociología modestamente experimental, a la práctica de la cual, un fourierista discreto, el doctor Ch. Pellarin (¡también un médico!) invitaba vanamente al positivista Littré, algún tiempo después de la publicación de la célebre obra de Claudio Bernard sobre el método experimental en medicina (3).

*

Esta humilde sociología —en nuestros días aún embrionaria— no imita el paso de las grandes ideocracias políticas; progresa, contrariamente a lo que avanzaba Bakunín en «Estatismo y Anarquía» no «proclamándose materialista y atea», es decir, planteando postulados metafísicos, ni incluso «dando la mano al socialismo», para recibir el sello de un dogmatismo cualquiera, sino situándose cotidianamente en el doble terreno de las voluntades expresadas y de las realizaciones que de ellas emanan, para confrontarlas y para extraer de ellas, por medio de un análisis lo más imparcial posible, los rudimentos de un socialismo pluralista, voluntarista y crítico.

Pretender todavía hoy «apoderarse de esta arma tan poderosa de la ciencia», como aconsejaba Bakunín a los trabajadores (¡cómo si existiera una experiencia sociológica coherente, ya sistematizada e inmediatamente utilizable en las revoluciones!) es mecerse con la música de las palabras, ya que una tal ciencia aún no ha sido creada. Existe, es cierto, un arte de la política, de la «violación de las multitudes» por la propaganda y la agitación; pero el conocimiento de este arte no puede tener, en el mejor de los casos, más que un valor de advertencia contra la enajenación de las voluntades y de las conciencias individuales.

Es un hecho que una teoría política o social es susceptible de convertirse en una fuerza material, apoderándose, como dijo Marx, de las masas, es decir, revistiendo el carácter de un mito, de un ritualismo o de una ideocracia religiosa. Pero esto no sería suficiente para cimentar el valor científico de los juicios de realidad, ni el valor humano de los juicios de valor sobre los cuales reposa esta teoría particularmente dinámica. Tener predominio sobre los hechos en el sentido de la fuerza ejercida por un dominador, y tener influencia sobre ellos en el sentido de su comprensión íntima y desinteresada, son dos cosas bien diferentes (4). El hecho de que el marxismo, por ejemplo, se haya convertido en la ideocracia por excelencia de los tiempos modernos, en un instrumento de poder a la escala del más gran imperio mundial hasta ahora conocido, y en el objeto de un fetichismo casi universal, no demuestra ciertamente la superioridad sobre todo otro sistema de pensamiento que, faltado de virtudes obsesionales, es solo patrimonio de algunos pioneros o la herencia de algunas raras individualidades independientes de las fuerzas gregarias. El carácter cerrado, unilateral y fanático de una creencia elevada a convicción absoluta, lejos de ser una garantía de su veracidad, provoca la desconfianza de un espíritu libre: todo despotismo tiende a suprimir la realidad para rebajarla al nivel de su interpretación empírica. Admitiendo incluso que lo consiga, esto solo puede ser contado entre los desastres de la humanidad, y no puede ser considerado como la con-

firmación de los derechos y de la razón del más fuerte.

Es cierto que «la historia está escrita por los vencedores», como subrayó amargamente Simone Weil. Pero incluso cuando borra todo vestigio de **lo que pudo ser**, para autenticar con un rasgo fatal y necesario **lo que fué** (o mejor, la reconstitución parcial e interesada de lo que fué en un mundo donde la razón de Estado informa perpetuamente a la leyenda) la historia, por propia definición, es incapaz de mostrar los frutos de la experiencia y de facilitar las lecciones de sociología que se le piden. Solo retiene del pasado los acontecimientos cuya **unidad** es irrevocable —«aquello que nunca será visto dos veces»— y es esto lo que hace a la vez su impotencia y su grandeza. ¿Cómo puede la historia enseñarnos sus leyes y descubrirnos el porvenir cuando no ofrece dos veces los mismos hechos en el mismo contexto? Y, sobre todo, ¿cómo podríamos pedirle que nos guiase en una elección cualquiera, cuando ella jamás nos ofrece otra cosa que aspectos realizados en cada alternativa? En la ausencia de toda posibilidad de un **experimentum crucis**, todo lo que sabemos del alcance real de un acontecimiento histórico, es que él no fué incompatible con los que le precedieron, acompañaron o siguieron, una vez admitida su común realidad.

*

Se habla con frecuencia de los «juicios de la historia», como si la razón del más fuerte se identificara con la lógica del progreso humano. ¿Debe una civilización, para demostrar la autenticidad y asegurar la supervivencia de los valores de los cuales es portadora (y que la historia imparcial no puede juzgar) exterminar en su seno todo lo que representa el inicio de una civilización diferente? Es la tesis que sostiene implícitamente M. Henri Villemot, en «Marsyas», cuando justifica la cruzada del Papa Inocencio III contra los heréticos albigenses (5). Pero nada demuestra que el maniqueísmo cátaro, aniquilado por el hierro y por el fuego, no fuese susceptible de engendrar un estado de cultura superior o igual a la catolicidad cristiana. Esto depende de la escala de valores aplicada y aún ella debería ser dada como medida de una doble experiencia (que, en el caso considerado, no ha tenido lugar).

El pragmatismo de la fuerza productiva o de la capacidad para sufrir la prueba guerrera, es un arma de dos filos. Un espíritu conservador estará siempre dispuesto a usar de este argumento temible, según el cual todo lo que existe ha resistido a la destrucción y por ello se ha mostrado viable, mientras que una novedad puede siempre ser mortal o regresiva (como lo son la mayor parte de las mutaciones biológicas). Un espíritu revolucionario, en cambio, no vacilará a sacrificar lo que es antiguo, «por lo tanto caduco», a lo que se presenta como nuevo, y a usar de la violencia, «partera de sociedades», contra todo lo que tiene el grave defecto de «ser» con persistencia. ¿Quién separará axiológicamente estas dos violencias que se enfrentan en cada «encrucijada de la historia»? ¿La fuerza? Ello sería la negación absoluta de toda capacidad humana de elección: mientras el hombre será hombre, se verá obligado a pronunciarse, como el pastor Paris entre las diosas, y no podrá escapar a las consecuencias de esta elección. Sin duda, no se vería obligado a afrontar el peligroso ejercicio del libre arbitrio, si la entredogollina unitaria de los rivales ponía fin a su concurrencia; pero, si se supone, al contrario, la coexistencia pacífica de estos inmortales, con plena latitud, para cada ser, de concederles la preferencia y, si hay lugar, de volver atrás en su elección, la libertad recobra sus derechos e impone sus responsabilidades.

Si una ciudad o un país dividido en dos sectores, el uno liberal, el otro comunista, concedía a cada habitante el derecho de establecerse según su preferencia aquí o allá, con su familia y sus bienes, con la posibilidad de optar de nuevo, al cabo de un lapso de tiempo más o menos largo, este régimen facilitaría la rudimentaria y grosera máquina de la tolerancia práctica necesaria a toda experiencia social valable (6). Supongamos ahora, en lugar de dos sectores, una pluralidad, incluso una infinidad de realizaciones experimentales diferentes, reflejando las aspiraciones y vocaciones particulares de sus promotores y formadas contractualmente sobre la base de pactos interindividuales cancelables o modificables a voluntad de las partes, en condiciones bien determinadas, y tendremos —sólo entonces— la condición previa necesaria a una medicina experimental de las sociedades humanas.

Existiría así —y las colectividades de España y de Israel fueron quizá, en lo que a esto respecta, precursores inconscientes— algo comparable, en el plan sociológico, a lo que es en las ciencias biológicas el método de los tanteos sistemáticos, guiados por la intuición, aplicados con un fin bien determinado y controlados por una comparación imparcial de los criterios con los resultados. A partir de estos conocimientos, un orientador social podría aconsejar, por ejemplo, a un individuo, presentando estas u otras características, ingertadas sobre tal temperamento, de ensayar esta forma de convivencia y de cooperación, con preferencia a estotra, y constatar luego, si el interesado obtiene efectivamente las satisfacciones que solicita y si valora las aspiraciones que le informan.

Hasta aquí, creo en la vanidad de todo lo que llaman «la experiencia histórica». Que ella revista las formas de la conservación, del compromiso o de la revolución brusca; que ella tenga por motor el despotismo más o menos iluminado de un «tirano filósofo»; la dictadura de una élite organizada en Iglesia, casta o partido; el instinto gregario de una masa expresándose sin freno por medio de la acción directa o aún la pretendida «voluntad» general encarnada en el plebiscito, el referendum, la legislación popular o el sistema representativo; que ella esté, por fin, controlada por la autocritica de un poder autocrático, el juego sabio de los Concilios y de los Cónclaves, los discursos de los demagogos, el instituto Gallup o la futura televisión de los debates parlamentarios, **esta experiencia no es tal experiencia**, en el sentido de que es imposible extraer de ella resultados valables con relación a tales o cuales intereses o grupos particulares, y mucho menos para el hombre en general, lo que implica la inexistencia total de una sociología digna de este nombre y de un socialismo de base científica.

Para que haya socialismo experimental, precisa que exista, en resumen, ruptura total con cierto número de ilusiones todavía vivas:

- 1) Ruptura con el dogmatismo de las utopías «que se toman o se dejan».
- 2) Ruptura con la idea de una **selección natural de las mejores soluciones**, en un mundo dominado por lo arbitrario y por el imperialismo político.
- 3) Ruptura con la idea de que los procedentes históricos y las pretendidas «leyes de la historia» puedan presentar enseñanzas positivas concerniendo los fines, e incluso una advertencia suficiente contra los errores de método.
- 4) Ruptura, en fin, con la aberración que consiste en demostrar la superioridad de una realización social por su capacidad de arruinar o destruir las realizaciones sociales diferentes. (Es bastante probable que las soluciones más elevadas de todo problema

humano, serán siempre las más difíciles para poner en práctica y las más frágiles ante la violencia y la barbarie, al mismo tiempo que las más fecundas en inspiraciones «concurrentes».)

*

He aquí, querido compañero, las objeciones que provoca según mi opinión, el optimismo cientista —ampliamente extendido en nuestros medios y que encuentra, incontestablemente, un cierto eco en los escritos de Kropotkin, Bakunín e incluso Proudhon— con relación al valor informativo actual de la «ciencia social» en materia de socialismo, de anarquismo, de comunismo, etc.

Presentándote amistosamente estas objeciones, no pretendo erigirme en árbitro entre Brupbacher y tú, por ejemplo en el punto de saber quién era el verdadero Bakunín e incluso el verdadero Brupbacher. La verdad sea dicha, no lo sé fijamente y mi pluralismo se acomoda muy bien con el suyo, en la medida en que ellos mismos rechazaron una visión monista y totalitaria del mundo.

Mi finalidad consistía, sobre todo, en destacar el hecho de que el socialismo «científico» —marxista o paramarxista— tiene pretensiones exorbitantes y no merece este nombre. Hay ahí una labor de salubridad intelectual a realizar, a la que deberían ser invitados todos los espíritus honestos y bien informados de nuestro tiempo.

En fin, de paso he querido llamar la atención de nuestros amigos sobre el notable texto del Dr. Pellarin, polemizando con Littré, y planteando, sobre bases que yo creo sanas y fecundas, los principios metodológicos esenciales de un socialismo apolítico, microsociológico, voluntario y crítico experimental. Este socialismo invita a los hombres de buena fé, de buen sentido y de buena voluntad a ensayar y perfeccionar las diversas fórmulas de vida en común y a elegir aquellas que mejor les convengan, sobre la base de resultados vividos, humanamente y **científicamente** controlados.

Fraternalmente tuyo.

A. PRUDHOMMEAUX

(Traducción: F. Montseny.)

(1) «Témoin». Cahiers trimestriels, chez Robert Proix, 211, rue St.-Maur, Paris (X).

(2) No puede haber «quebra» más que a los ojos de los que exigían a la ciencia que lo fuese todo, particularmente arte, justicia y religión.

(3) «De l'empirisme à l'expérimentation en matière sociale», par Charles Pellarin, Librairie Phalenterienne, 1874.

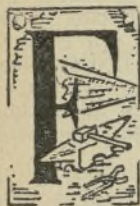
(4) El seductor profesional, la proxeneta macho o hembra, la prostituta a la moda, el policía hábil, en una palabra, los «manejadores» vulgares de realidades fisiológicas, pueden imaginarse que **conocen a fondo** a las mujeres y a los hombres; nunca llegan a conocerlos más que como objetos e instrumentos de sus intereses o caprichos, y no por su dignidad de individuos autónomos, que llevan en sí mismos sus propios fines.

(5) «Marsyas» (Bulletin mensuel de poésie et de critique, N° 312-314, S. I. Peyre. Murevigne, Aigues-Vives (Gard)).

(6) Desgraciadamente, es relativamente fácil de abandonar hoy el mundo burgués para realizar algún peregrinaje turístico e ideológico en los países del «proletariado», pero es mucho menos fácil de realizar la opción contraria; se puede incluso creer que el sector comunista, en caso de realización del principio de los recipientes comunicantes, se vaciaría rápidamente, sea de su población, sea del contenido feroz y terrorista de sus leyes, mientras que el sector «libre» estaría obligado, ante la afluencia de los emigrantes, a endurecerse y a burocratizarse, hasta «equilibrio» hidrostático.

HISTORIA MUNDIAL DEL ANARQUISMO

LA ANTIGÜEDAD



UE primero en China, luego en Grecia, entre una multitud de rectores, sectarios y filósofos—un poco menos legendarios que Esopo—en donde encontramos los primeros senderos del pensamiento libertario.

Dos siglos antes de Confucio, el filósofo Lao Tsé (660 A.C.) autor del «Taote-King» (Libro de la Razón y de la Virtud), fundador de la Escuela de la Razón, una de las tres escuelas filosóficas más importantes de

China antes de la era cristiana, describía ya la legislación y abría la «ruta sabia» a sus contemporáneos, predicando el renunciamiento a la ambición, al temor, la codicia, los príncipes, los gobernantes y la misma personalidad:

... Si el pueblo sufre hambre, es que el príncipe quiere emprender demasiadas cosas. Cuanto más la ley invade y prescribe, más piratas y ladrones existen (1).

En el siglo XI de nuestra era, bajo Wang Ngan Che, inspirándose de estos principios una sociedad federada, ignorando la propiedad individual, se formó en China.

En cuanto a Confucio (470 A.C.), su filosofía revela huellas libertarias, que se encuentran en los nueve principales temas de meditación que asigna al hombre sabio:

... observando, piensa iluminarse; escuchando, piensa instruirse; en su semblante y en su actitud, piensa conservar la calma y la serenidad; en su continencia, piensa conservar siempre la seriedad y la dignidad; en sus palabras, piensa conservar siempre la fidelidad y la sinceridad; en sus acciones, piensa inspirar siempre el respeto; en sus dudas, piensa interrogar a los otros; en el enojo, piensa reprenderse a sí mismo; en las probables ganancias, piensa en la justicia (2).

Los dramáticos acontecimientos que, en nuestros días desolan a China y que duran desde hace veinte años, pueden esconder momentáneamente el verdadero aspecto del pueblo chino. La instalación reciente de un régimen totalitario, inspirado en el bolchevismo ruso, no debe hacernos olvidar la tendencia constante del hombre chino hacia el amor por la paz, las tareas tranquilas de los campos o las ocupaciones artesanales, la especulación filosófica de variados aspectos a la vez que apacibles. Todos los conquistadores se han enfrentado con la inercia china, todos han sido asimilados. Si el espíritu comunalista, que es muy antiguo en la vida de los pueblos de China, encuentra un elemento favorable en las doctrinas de Mao Tsé Toung, podemos estar seguros de que el tiempo hará su obra y que a pesar de las apariencias los métodos autocráticos importados se derrumbarán y se disgregarán a su vez, no pudiendo vivir ni desarrollarse en un medio tan hostil a la violencia organizada (3).

Y ahora, dejando China y su destino, pasemos a Grecia, 400 años antes de nuestra era. Grecia, verdadero vivero de moralistas y filósofos.

Sócrates, cuya vida misma es un ejemplo, parece ser el primer griego habiendo enseñado una doctrina que puede ser puesta en ciertos puntos en paralelo con el anarquismo. No ha dejado nada, pero dos de sus discípulos, nos han

transcrito sus pláticas. Xenofón da su *Apología* y luego sus *Pláticas memorables*. Más conocido, Platón, él mismo filósofo, defendió a su educador y ofreció su fortuna para salvarlo de la cicuta (4).

El filósofo moderno Han Ryner, que nunca se decía anarquista—y todos los que lo han conocido bien saben a qué punto este hombre afable e infinitamente bueno lo era—ha vulgarizado las ideas de Sócrates. Pretende en su libro *Las verdaderas pláticas de Sócrates* (5) que Platón, Esquino, Euclides y Xenofón no han traducido exactamente el pensamiento del que profesó el «conócete a ti mismo».

En páginas de vigoroso estilo, pone en escena a Antístenes, quien no deja de conmover a ninguno de los apologetas de Sócrates y en particular a Platón, al que apoda Satón. Estudia y analiza el carácter y las acciones de Sócrates:

Bien se puede decir que la vida entera de Sócrates ha sido vivida ante la vista de los hombres. Por la mañana iba de paseo y a los lugares de recreo. Se le veía en el ágora en las horas de mayor afluencia. Hablaba libremente ante todos y todos podían escucharle. ¿Se le vió jamás pronunciar una mentira? ¿Se le vió alguna vez elogiar a la ciudad y a las leyes escritas? ¿Se le oyó nunca elogiar a alguna patria, magistrado o gobierno? Nunca.

Jamás alabó a ningún gobierno o ley escrita, como tampoco a los de Atenas o a los de Lacedemonia o a algún ensueño.

* Sócrates sólo hablaba de las cosas que se puede y que se debe saber. Buscaba la ciencia posible y la ciencia necesaria: la ciencia de las costumbres, la virtud, la felicidad. No hacía sobre el cosmos, el origen de las cosas y sobre lo que ha dado nacimiento a los astros y a los animales, largos discursos pedantes y aventureros. Declaraba, al contrario, que precisa haber perdido el espíritu para entretenerse seriamente con tales especulaciones.

La ciencia de Sócrates le impedía creer a los que hablan en nombre de los dioses, de la patria, de las leyes escritas, de la opinión o de esa locura que se atreven a llamar honor.

Tal era el hombre que fué acusado de corromper a la juventud al persuadirla que él la hacía más sabia que quienes la habían engendrado, destruyendo entre sus discípulos el respeto filial y familiar. Acusación que motivará su condena a la pena suprema.

Habiendo tenido el valor de combatir en el Senado a los que habían usurpado el poder, sus adversarios desenmascarados lo condujeron hacia el verdugo. Una estatua erigida después de su muerte, la ejecución de su principal acusador Melito de Lampsaco, lavaron a los atenienses de esta crueldad. Al menos ante la historia. Han Ryner da sobre la muerte de su héroe páginas emocionantes (6), de las cuales no puedo menos que dar un extracto:

Sócrates los brazos cruzados, Sócrates miraba hacia el ágora (7), viendo cómo se agitaba y susurraba, colmena en donde ha penetrado un insecto extraño. O a veces miraba

a la *depsidra* que vertía sus últimas gotas. Cuando terminó de derramarse se tomaron los votos. Eran 556 los jueces. Los que votaron para Sócrates 275; contra él lo hicieron 281. Según la ley, se hizo hablar de nuevo al condenado afin de que él mismo indicase el castigo que creía merecer. Entonces Sócrates habló, más o menos así:

—Hombres atenienses: estaba preparado para el juicio que acabáis de pronunciar. Pero una cosa me alegra el corazón: es el gran número de justos que habitan esta ciudad. A pesar de los esfuerzos de los amigos de Melito, Anitos y Licón, bastaría desplazar tres votos para que la misma ciudad se mostrase justa en esta ocasión. Alabados seáis, hombres atenienses: ninguna otra ciudad griega o bárbara reúne tan gran número de ciudadanos capaces de oír sin irritarse las censuras que merecen la ley escrita y la religión.

«Ahora me habéis hecho saber: «que Melito me juzga digno de morir. Pero queréis saber «también qué pena me parece la mejor». Y si consintiese condenándome a la cárcel, a una multa o al exilio, los más malos de entre vosotros se sentirían felices si no muriera. Pero no se sentirían felices únicamente por lo que queda de bondad en los corazones más pervertidos. Se alegrarían también por su maldad, reirían de haberme hecho cómplice de su injusticia. Hombres atenienses, no os daré placer tan malo. No mentiré confesándome culpable. No cometeré la injusticia de condenarme; aunque fuera por muy poco, pues no he merecido ninguna pena. La injusticia que habéis comenzado a pesar de mis advertencias llenas de piedad, continuadla y acabadla, si eso os place. Pero será sin mi ayuda y será a pesar de mis advertencias ahora llenas de desprecio... He ahí cómo vuestros murmullos recomienzan, tan valientes contra un hombre ya condenado... Queréis absolutamente que me condene yo mismo. Vamos, veo que debo obedeceros. Pues bien, me condeno; me condeno a perpetuidad; me condeno a ser alimentado hasta mi muerte en el Pritaneo... No os irritéis así, hombres atenienses. Os voy a hacer una nueva concesión como nunca se la hice a nadie. Voy, ya que esta consideración os es indiferente, a cesar de examinar lo que es justo o injusto y a mirar solamente lo que es posible o imposible.

«Tengo 71 años, hombres atenienses, edad ya buena para morir, no para errar en el exilio o penetrar en la prisión. ¿Qué os parece? ¡Ah! ya oigo. Varios exclaman: «¡Una multa! ¡Una multa!» Pero bien sabéis cuán pobre soy y que no podría pagarla. «¡Otros la pagarán por ti!», exclama aún vuestra benevolencia. Pero, hombres atenienses, ¿queréis ser ridículos a tal punto, cuando siendo Sócrates quien es perseguido, condenar a otros hombres que nadie condena, a pagar una multa? Mi piedad os evitará semejante ridículo. Así que sólo os dejo una elección: enviadme al Pritaneo o enviadme a la muerte».

Los jueces deliberaron en cuanto a la pena y pronunciaron la condena a muerte. Sócrates volvió a tomar la palabra:

—A pesar de mis esfuerzos, hombres atenienses, no he tenido éxito en evitaros todo ridículo. Vais a matar a un hombre que la vejez lo hubiera pronto matado sin vuestra ayuda. Llevaréis a lo largo de los siglos la gloria de haber hecho lo que quería y obtenido lo que deseaba. ¿No lo habéis comprendido así en las palabras orgullosas pronunciadas por el modesto Sócrates? Quería esta condena y deseaba esta muerte. Me habéis obedecido y servido cuando creíais perjudicarme. Pues ahora os diré toda la verdad, ya que no podéis volveros hacia atrás en vuestro juicio. Para vosotros, soy ya, un hombre muerto. Y yo me alegro con esta muerte.

«¿Por qué me alegro con esta muerte? Es que, oh hombres atenienses, oh amados míos, poco tiempo me quedaba ya para enseñaros verdades que sabía y que, escuchadas, os harían felices. Pero me escuchábais tan mal, cuando estaba entre los vivos. Corríais a oír al buenazo de Sócrates, para reiros de él y de lo que decía, o para reiros de los que

contradecía o refutaba. Sin embargo no cesábais, por tan poca cosa, en accionar y hablar como ellos. Pero sois prontos en el arrepentimiento, y cuando habéis matado a alguien injustamente, ocurre que la muerte se vuelve grande en vuestra memoria y vive en ella una más potente vida. Cuando Sócrates se habrá ido oiréis sus palabras resonar en vosotros más altas que cuando no las oíais resonar en vuestras orejas. Oiréis muy altas mis últimas palabras: «Muero, hombres atenienses, para que por fin me escuchéis y viváis buenos y felices». Cuando habré muerto escuchad, pues, muy alta en vuestro corazón esta palabra que tal vez sea la salvación para todos vosotros: «Sócrates murió amándonos a todos». (8).

Entre los que citaré en esta obra, dedicada a la búsqueda del pensamiento libertario a través del tiempo (9), numerosos serán los admiradores y continuadores de Sócrates.

Discípulo de Sócrates, Antístenes abre una escuela en Atenas, dentro del gimnasio dedicado a Hércules. Erudito, de fácil palabra, da a la doctrina del maestro una extensión que éste parece haber repudiado de antemano, estigmatizando el orgullo del alumno (10). La secta de los cínicos nace.

En aquel momento, escribe Louis Combes en el diario «Les Amis du Peuple» (1858) (11), Atenas vió aparecer en sus plazas públicas a nuevos sectarios que caminaban descalzos, vivían de pan y de agua, se vestían indiferentes con un desdeñado manto y balanceaban en su espalda el zurrón de los mendigos. Se iban, como los antiguos profetas hebreos, declamando contra la descomposición moral, la corrupción de las costumbres, el olvido de los ritmos naturales, la destrucción del viejo espíritu republicano, el desenfrenado amor por el lujo y la despreciable pasión por las riquezas.

Se les daba el nombre de cínicos, sea porque a menudo enseñaban en el gimnasio llamado Cinosargos, sea porque su vida errante tenía alguna analogía con el pintoresco vagabundeo de los perros. Sea como fuere, este nombre de cínico, que entre nosotros se ha vuelto sinónimo de impudor y desvergüenza, era muy honrado en la antigüedad y servía a designar una de las escuelas más respetadas de moral y filosofía.

Si buscamos los rasgos principales de la doctrina de los cínicos, sea en los escritos de los estoicos, sus herederos directos (12), sea en los fragmentos esparcidos de los escritores helenos o latinos, sea en los juicios expresados por algunos de los padres del cristianismo, y hasta en las burlas ininteligentes de los poetas, eternos ecos de los prejuicios de las muchedumbres, veremos que fueron los solos pensadores de la antigüedad que proclamaron la santidad del trabajo y la igualdad moral de las condiciones humanas; los solos cuya doctrina tendía directamente a la abolición de la esclavitud y a la solidaridad de las razas. Debemos añadir aún, contra la opinión vulgar, que su moral fué una de las más puras en la filosofía griega, y que se mostraron enemigos declarados de las supersticiones y de los dioses populares.

El más conocido de los cínicos, Diógenes, nació en una colonia griega 413 años A.C. (13). Platón lo llamaba el «Sócrates en delirio», lo que no era poco homenaje, pues hacía la vida dura a los sofistas y a los filósofos ortodoxos. Cada uno conoce los numerosos rasgos que le son atribuidos, además del episodio famoso del tonel que era su vivienda.

Abandonado por un esclavo llamado Manes que lo acompañaba a Atenas en donde debía vivir libre de todos, se negó a continuar buscando al fugitivo: «Sería ridículo que Manes pudiese vivir sin Diógenes y que Diógenes no pudiese vivir sin Manes», se contentó en declarar. Más tarde, viendo beber a un niño con la cuenca de su mano, rom-

pió su escudilla, considerándola en lo sucesivo superflua.

Continuando las teorías de Antístenes, les añadió el rigor de su carácter y su austeridad. Louis Combes dice aun esto sobre su enseñanza:

Como regla de conducta profesaba que el sabio debe independizarse de la fortuna, de los hombres y de sí mismo; de la fortuna, despreciando sus favores y sus caprichos; de los hombres, sacudiendo, con atrevimiento los prejuicios vulgares y hasta los usos de la sociedad; de él mismo acostumbrando su cuerpo a los rigores de las estaciones, a las privaciones de la miseria, y a su alma no sólo al desdén de los placeres, sino aun de las simples comodidades de la vida. En consecuencia de estas ideas preliminares, se confinó en la pobreza más absoluta, caminando con los pies descalzos en todas las estaciones, durmiendo bajo los pórticos de los templos, llevando con él, en ese zurrón que los poetas han cantado, los higos, olivas y el pan integral que bastaban a su austera sobriedad, condenándose en fin, sistemáticamente, a la vida más miserable e indiferente.

Amigo de los mendigos (14), falsificador de moneda, Diógenes se proclamó—el primero—ciudadano del mundo, pretendiendo que sólo conocía un gobierno digno de admiración: el gobiernos del Cosmos (15).

La secta de los cínicos fué una de las más despreciadas porque se burlaba de la patria, la familia, la propiedad, la enseñanza de los sacerdotes y, crimen de los crimenes, se mezclaba voluntariamente con los mendigos y los esclavos, tambaleando así a los prejuicios antiguos mejor asentados.

«¡Estoy buscando un hombre!», responde Diógenes a los que le interrogaban cuando caminaba con una linterna encendida, en pleno mediodía.

«¡Que te apartes del sol!», otra respuesta de Diógenes a Alejandro el Grande, cuando más grande era su gloria, en el momento en que éste le preguntaba qué podría hacer por él, es igualmente conocida e indica suficientemente de qué temple era ese desestimator de gentes arrivistas (16).

Una mañana lo encontraron muerto, rígido, en una plaza en donde acostumbraba pasar la noche. Vida de indigente, muerte de indigente, hacen de Diógenes uno de los nuestros.

El anarquismo ha hundido, sin ninguna duda, sus raíces en la filosofía estoica, la que también deriva de la enseñanza de Sócrates y de la escuela de Antístenes, y que al decir de Montesquieu era «la moral más gloriosa de la antigüedad». El cristianismo ha sabido sacarle cierto número de ideas matrices:

La naturaleza es todo lo que hay de bello y de bueno; bien vivir, amar la belleza, practicar el bien y ser feliz, es una misma cosa. El sabio desprecia la vida artificial y sus diversiones. No teme ni el dolor ni la miseria ni la muerte. Ama a sus semejantes, ama también hasta a sus mismos enemigos. No injuria a nadie y prodiga su benevolencia para todos. Por nada se emociona, si tiende la mano al o a la que naufraga, si consuela al o a la que llora, si recibe al o a la que carece de asilo, si da la vida al o a la que perece, si presenta pan al o a la que tiene hambre, no se emociona y mantiene su serenidad. Se contenta aún en su impotencia de socorrer a la desgracia porque sabe que nada puede estar mal (17).

Tal es el estoicismo, de los cuales los dos Zenón (18) y sobre todo Epicteto, son los representantes más eminentes (19). Una selección de pensamientos de este último ha sido hecha y varias veces publicada en las colecciones de folletos de propaganda (20). He aquí algunos:

Nuestro bien y nuestro mal no dependen más que de nuestra voluntad. Los hombres son infelices, pues, por su propia culpa.

Los verdaderos días de fiesta son y deben ser para ti aquellos en que has vencido una tentación o te has arrancado, o al menos dominado, el orgullo, la temeridad, la malignidad, la maledicencia, la envidia, la obscenidad en el lenguaje, el lujo o cualquiera de los vicios que te tira-

nizan. Esto es lo que debe alegrarte y merecer tus desvelos y sacrificios con mucho más motivo que haber obtenido un consulado o el mando de un ejército.

¡Qué no hará un banquero por examinar el dinero que le dan! Aguza todos sus sentidos: la vista, el tacto, el oído, el olfato. Y no contento con sonar la moneda una o dos veces, a fuerza de examinar sus sonidos se vuelve casi músico. Pues bien: todos somos músicos en aquello que nos interesa; con el fin de no ser engañados no hay atención ni aplicación que no pongamos en juego. Pero si se trata de nuestro raciocinio, de examinar nuestros juicios y opiniones con objeto de evitar que nos engañen, entonces nos volvemos perezosos y descuidados como si esto no nos interesara; y es que no sabemos apreciar los daños que semejante descuido nos causa.

Guárdate mucho viendo a alguno colmado de honores o alcanzar las más altas dignidades, de considerarle, arrastrado por tu imaginación, como un hombre feliz. Porque si la esencia del verdadero bien está en las cosas que dependen de nosotros, ni la envidia, ni la emulación, ni los celos podrán anidar en ti y no desearás ser general, ni senador, ni cónsul, sino libre. Y piensa que para alcanzar esta libertad sólo hay un camino: el desprecio de las cosas que no dependen de nosotros (21).

Soy pretor en Grecia. ¿Tú pretor? ¿Sabes juzgar bien? ¿Dónde has aprendido esta ciencia? Tengo la patente del César. Y si el César te hubiese enviado una patente para tocar música, tú que nunca has aprendido ni una sola nota, ¿qué harías tú y para qué te serviría la patente? Pero pasemos por alto esto. ¿Por qué conductos, te pregunto solamente, has obtenido ese cargo? ¿Quién te lo ha procurado? ¿Qué mano has besado? ¿En qué puerta has dormido? ¿A quién has hecho regalos? ¿Por qué bajezas, por qué indignidades y por qué falsedades lo has comprado?

La nobleza del hombre procede de la virtud, no del nacimiento. Valgo más que tú porque mi padre fué cónsul y además soy tribuno, y tú no eres nada. Vanas palabras, amigo. Si fuésemos dos caballos y me dijese: Mi padre fué el más ligero de los caballos de su tiempo y yo tengo alfalfa y avena en abundancia y además soberbios arneses, te contestaría: Lo creo, pero corramos juntos. ¿No hay, asimismo, en el hombre algo que le es propio—como al caballo la velocidad—, algo por medio de lo cual puede conocerse su calidad y estimarse su verdadero valor? Y este algo, ¿no es el pudor, la honradez y la justicia?... Muéstrame, pues, la ventaja que en todo esto me llevas; hazme ver que como hombre vales más que yo y te consideraré superior a mí. Porque si no me dices sino que sabes rebuznar y dar coces, te contestaré que te envanece de cualidades propias de un asno o de un caballo, pero no de un hombre.

Si hay un arte de hablar bien, hay también un arte de bien escuchar.

Si un músico de laúd al tomar este instrumento, ve que las cuerdas no están acordes, se apresura en armonizarlas. Para vivir con seguridad en el trato con los hombres, debe tener el sabio el arte de hacer con ellos, lo que el músico de laúd hace con las cuerdas: ver los que están desacordes, ponerlos en concordancia y armonizarlos. Y eso es lo que Sócrates hacía.

Si quieres progresar en el estudio de la sabiduría, no te niegues a pasar en las cosas exteriores por un imbécil o un insensato.

¿Ves esos perros que están jugando? Diríase que son los mejores amigos del mundo, a juzgar por sus fiestas, sus caricias, su bullicio y sus lametones. ¿Verdad? Pues hecha en medio de ellos un hueso y verás lo que ocurre. Esa suele ser la amistad entre padres, hijos y hermanos. En cuanto se ofrece un motivo de disputa: dinero, tierras, una querida, bienes de cualquier clase, ya no hay padre, ni hermano, ni hijo.

Es tan difícil para los ricos adquirir la sabiduría como para los sabios lograr las riquezas.

Estás en un alto sitio, y eres ya el perseguidor y el tirano de tus semejantes. ¿No te recuerdas ya de quién eres y a quién mandas? Es a tus padres y a tus hermanos. Pero yo he comprado mi cargo, tengo mis prerrogativas, mis derechos. Infeliz, todos tus pensamientos sólo son tierra y fango. Sólo miras a esas miserables leyes humanas que son leyes de muertos.

No hay que tener miedo ni de la pobreza, ni del exilio, ni de la prisión, ni de la muerte; lo que hay que temer es al propio miedo.

Se echan al público higos y nueces. Los niños se pelean por recogerlas; pero los hombres ni siquiera se agachan. Se distribuyen gobiernos de provincias, pretorias, consulados, y

los hombres se baten ahora como antes los niños por las avellanas. En cuanto a mi, si algún higo o avellana cae por casualidad en mi vestido, me apresuro a recogerla, la acepto y la como. Es todo cuanto hago, pero nunca me agacharé para recogerla ni empujaré a nadie (22).

Este estudio, limitado a pesar de todo, me ha obligado a pasar rápidamente en revista los cinco siglos que han marcado tan profundamente a la humanidad. Numerosos volúmenes no han sido suficientes para agotar el asunto. Desde el punto de vista estrictamente libertario, una obra sería útil, en donde se hablaría de Epicuro y otros muchos (23). Páginas y páginas de citaciones tienden a probar que el anarquismo se gestó en las cenizas griegas (24).

Louis LOUVET

Versión castellana de Vladimír MUÑOZ.

(1) Sobre Lao Tsé puede consultarse a V. Blasco Ibáñez en su «Vuelta al Mundo de un novelista», en los capítulos sobre China. (N. d. T.).

(2) También sobre Confucio consultar a Blasco Ibáñez en la misma obra. Otra obra interesante es «La Sabiduría de Confucio», de Lin Yutang. Ver también el folleto de Marcel Dubois: «La sagesse et la portée actuelle du confucéen». (N. d. T.).

(3) No ignoro las luchas feudales que han desgarrado a China durante siglos. Lo cual no impide que el pueblo chino sea un pueblo pacífico y que los pueblos procedentes del nore—los manchúes habiéndoles dado una dinastía—turbulentos y guerreros, han dado sin duda jefes de banda, pero nunca pudieron contaminar a las grandes masas, que continúan viviendo según sus tradiciones. — L.L.

(4) Consúltase «La Apología de Sócrates», escrita por Platón, uno de los tratados más hermosos sobre la defensa del libertarismo como dignidad humana. (N. d. T.).

(5) «Les véritables entretiens de Socrate», por Han Ryner. Ed. Ahéna, 1922, París. (N. d. T.).

(6) Entre los escritos más emocionantes sobre el feneceer voluntario de Sócrates, cabe destacar los versos magníficos del gran poeta Lamartine: «La mort de Socrate». (N. d. T.).

(7) Plaza pública en las ciudades de la Grecia antigua. — H. R.

(8) Del mismo Han Ryner, pues la mayoría de los historiadores desde Platón a nuestros días presentan a Sócrates autoritariamente, consúltase: «La légende socratique» y «Combat autour d'un cadavre». Además de Louis Simon: «Ignorances de bonne volonté», en el núm. 28 de «Cahiers des Amis de Han Ryner» (3, allées du Château. Les Pavillons sous Bois, Seine, France). (N. d. T.).

(9) Este estudio de Louvet es un capítulo del primer tomo de su obra «Histoire Mondiale de l'Anarchisme» (L.L., 34, rue des Bergers, París, XV). (N. d. T.).

(10) Consúltase sobre Antístenes: «L'individualisme dans l'Antiquité», de Han Ryner. (N. d. T.).

(11) Este estudio ha sido varias veces reeditado. Se le encuentra en la colección de la «Brochure Mensuelle» (1926) con el título «Un Précurseur anarchiste». — L.L.

(12) En efecto, el estoicismo deriva principalmente de los cínicos. Zenón de Citium fué inicialmente discípulo del cínico Crates (N. d. T.).

(13) Diógenes de Sinopo. Consúltase a Diógenes Laercio en «Vida y Obra de los filósofos más ilustres». Han Ryner estudia a los cínicos en su obra maestra «Les Voyages de Psychodore, philosophe cynique» y en «Les Paraboles cyniques» y «Le Père Diogène». (N. d. T.).

(14) Los cínicos no trabajaban para los amos, por considerarlo injusto. No expropiaban porque sabían que la sociedad vulgar «hubiera condenado sus robos». Entonces pedían, pero no a los miserables explotados, sino a los ricos ladrones. Cuéntase que al negarle un avaro una dádiva a Diógenes, éste le respondió: «¡Para comer te pido y no para el sepulcro!» Véase a Luciano en «Los cínicos y otros diálogos» (N. d. T.).

(15) Se refería aquí Diógenes al ideal universalista; pero nunca al surpestando mundial que ya se vislumbra en nuestra época. Véase a Emery Reves en «La anatomía de la Paz». (N. d. T.).

(16) Escena magistralmente poetizada por Campoamor y, no ha mucho, si mal no recuerdo, transcrita por Liberto Callejas en un artículo aparecido en «Tierra y Libertad» en México. (N. d. T.).

(17) Sobre los estoicos consúltase a Han Ryner en «Les premiers stoiciens». Hay que tener cuidado en no dejarse guiar por los estoicos latinos, que prostituyeron los ideales de la stoa: Marco Aurelio, que mientras escribía sus «Pensamientos», sus huestes legionarias acuchillaban degollando a más de 500.000 personas en Seleucia (Asia Menor); Séneca, oriundo de Córdoba, lacayo adulator del tirano Nerón, el megalómano que por un capricho incendió toda Roma, etc. Han Ryner en «Les Apparitions d'Ahasverus» comenta magistralmente esto. En cuanto a que el anarquismo ha hundido sus raíces en el estoicismo antiguo, tal es también el parecer de Max Nettlau. El fraternismo cristiano—de los cristianos primitivos se entiende—deriva asimismo de la stoa, como saben todos cuantos están documentados sobre Grecia y el Latium. (N. d. T.).

(18) Zenón de Citium y Zenón de Elea. El primero, de origen fenicio, fué el fundador del estoicismo. Véase mi artículo en CENIT sobre Zenón de Citium. (N. d. T.).

(19) Sin olvidar a Cleanto de Asos, sucesor de Zenón de Citium; y Crisipo de Selos, verdadero pilar del pórtico. Señalamos en el Latium a Musonius Rufus, maestro de Epicteto, a Dion Crisostomo (ved a Han Ryner: Dion Chrisostome, bouche d'or), la familia de los Traseas, etc. Han Ryner escribió unos diálogos magistrales entre Zenón y Cleanto con diversos personajes helenos, titulados «Le manœuvre» (el peón). Esta obra traducida por mí, debe ser publicada por cuadernillos «Inquietud», de Tupizá (Bolivia). (N. d. T.).

(20) La última edición apareció en «La brochure mensuelle» en 1926. — L.L.

(21) Estúdiase la teoría de las cosas indiferentes de Epicteto. O cosas que dependen de nosotros y las que no dependen, a las que hace alusión en este pensamiento. (N. d. T.).

(22) Consúltase mi artículo «Epicteto de Hierapolis» en CENIT, núm. 30, p. 920 y 921, junio de 1953. (N. d. T.).

(23) Hay un libro muy interesante sobre Epicuro y asequible en español: La moral de Epicuro, de Guyau (Ed. Americalee, Buenos Aires). Sobre los demás pensadores, enfocados libertariamente, es indispensable la consulta de la obra de Max Nettlau: «Der Vorfrühling der Anarchie» y los estudios históricos de Han Ryner. Citemos también el interesante folleto de E. Armand: «Les précurseurs de l'anarchisme». Pero sobre todo hay que espigar meticulosamente a través de la vasta obra histórica de Max Nettlau. (N. d. T.).

(24) Por eso yo me he extendido en las citaciones, con el fin de ayudar al autor y ofrecer datos a cuantos quieran documentarse al respecto. (N. d. T.).

Algunos recuerdos referentes a Eliseo Reclus



L 15 de marzo de 1897, fué la segunda vez que festejé el aniversario del nacimiento de Eliseo Reclus. Lo mismo que en el año anterior, quise obsequiarle con flores. Pero no me era posible el llevárselas; no podía aquel día acudir a la escuela. Tuve que resignarme a enviárselas, junto con una misiva, en la que le decía cuánto sentía el tener que retardar mi visita.

Aproveché, para ir a su casa, el primer día que tuve libre. Mi amigo y su hermana, la señora Dumesnil, me esperaban. A él le hallé muy afectuoso y comunicativo. Después de darme un cordial abrazo, exclamó con alegre aire burlón:

—¡Y bien! ¿Es que ahora se propone escribirme injuriándome a propósito de mi aniversario?

—¿Cómo? ¿Yo injuriarle?

—¡Ya lo creo! Mira si no es así, hermana.

Y sacando una carta del bolsillo se la entregó a la señora Dumesnil. En tanto que ella la leía con aquella su fina sonrisa, tan buena, tan comprensiva; él, con afable tono zumbón, declamaba: «Querido y sublime apóstol; querido y sublime apóstol.» (Así era el principio de mi carta.)

Quedé inmóvil, desconcertada, sin saber qué decir. No obstante, en mi interior convenía en que aquel era mi pensamiento.

—Dígame: ¿qué debo hacer de una carta como ésta?

—Ahí está el fuego. Quémela—contesté con voz insegura.

Reclus, sin dejar de mirarme de reojo con aire malicioso, dobló lentamente la carta y volvió a depositarla en el bolsillo interior de su chaqueta.

Después, dirigiéndose a la señora Dumesnil, dijo: «Ahora, hermana, ve a buscar un poco de vino. Quiero que brindemos por nuestra recíproca salud.» Y de su mesa sacó la cajita de pasteles que allí tenía habitualmente. El régimen vegetariano que seguía le obligaba a tomar alguna cosa entre las comidas.

Por primera vez tenía la posibilidad de percatarme de lo que era su gabinete de trabajo. Abarcaba vasto espacio, recibiendo la luz de una ventana amplia, ocupando la mayor parte del muro lateral. Delante de la ventana, había una mesa escritorio, y otra, mucho mayor, en el centro de la habitación; dicha mesa le permitía extender las cartas geográficas. Adosadas a las paredes de la estancia, estanterías repletas de libros, y algunas fotografías. Una de ellas despertó mi curiosidad: era la de un hombre sentado en el suelo; un ser con los ojos de bestia atemorizada; abundante cabellera en la que el peine no parecía haber pasado jamás. Vestía una especie de capa andrajosa; calzaba unas toscas y rotas sandalias, atadas con cuerda.

«Es un súbdito de su majestad el Emperador de todas las Rusias—me dijo Reclus—. Un amigo ruso me ha enviado este documento. Ahí puede usted ver lo que un régimen de opresión y de esclavitud llega a hacer del ser humano. Este es un «mujik» a quien el «Padrecito» ha despojado del

fruto de su duro trabajo. La miseria, los sufrimientos, el temor al castigo han hecho de él un tipo de hombre caído en el último grado de la caducidad.»

Descolgó la fotografía y me dijo: «Guárdesela. Es bueno acordarse de la miseria que el hombre impone al hombre.»

Dos días después de esta visita, me dirigía hacia la Université Nouvelle y encontré a uno de mis buenos camaradas. Me causó extrañeza su aspecto triste (no debió ser menor su extrañeza al notar mi expresión alegre).

—¿A dónde vas?—me dijo.

—Voy a casa de Reclus.

—Entonces... ¿tú no sabes?

—¿Qué ocurre?

—Su hija menor ha fallecido súbitamente, después de haber dado a luz el que hacía cinco de sus hijos. Ayer noche Reclus tomó el tren hacia Mentón, junto con la señora Dumesnil.

Toda mi alegría se desvaneció. Al otro día recibí la siguiente carta:

«Mi querida Clara:

Mi hermano acaba de acompañar al cementerio a su hija. Era la que él decía se parecía más a usted. Sin duda, al partir, acudió a su imaginación ese pensamiento, pues me dijo: «Habrà que escribirle a Clara». Así lo hago en un momento que es bien doloroso para nosotros. Las palabras dichas por mi hermano ante la tumba de la hija son profundamente verdaderas, y la considero feliz entre todas, si otras almas nobles pueden llegar a pensar y decir de usted lo que él pensaba de la que se nos ha ido.

Reciba un abrazo de quien le ama de todo corazón.—L. Dumesnil.»

Ya de regreso, Eliseo Reclus manifestó deseos de verme cuanto antes. Sentía inmensa emoción y me dominaba la angustia, sólo al pensar que lo encontraría afligido. Una cosa me tenía inquieta, preocupada: ¿Qué iba a decirle para atenuar su pena?

Lentamente iba subiendo los peldaños de la escalera de su casa. Ya al final, mi angustia fué más intensa. Se oían dos voces de hombre. ¿Es que no estaba solo? Mi emoción redoblaba, mi corazón latía locamente...

Desde que mi amigo me vió, comprendió mi turbación. Levantóse precipitadamente, y avanzando hacia mí, con su paso corto, rápido y firme, exclamó con afecto:

—¡Muy buenos días! ¿Cómo está usted?

Me dió un abrazo; después pidió noticias de mi hermano, de mis estudios... Pero yo permanecía muda, sin saber qué decir. El, con maravillosa facilidad, formulaba las preguntas y deducía las respuestas. Luego me presentó a su interlocutor, cuya mirada intrigada, parecía buscar en el rostro de aquella joven que le era presentada, la razón de la emoción que en ella observaba.

Comprendiendo que debía marcharse, el colega geógrafo rogó muy delicadamente a mi amigo que acabara de exponerle sus puntos de mira sobre una cuestión de hidrografía que mi llegada había interrumpido. Reclus accedió.

Poco a poco, bajo el encanto de su voz tan armoniosa, tan henchida de serenidad, en mí iba renaciendo la calma. Y escuchaba maravillada la palabra límpida y segura que, en esa forma ceñida y detallada que le era habitual, exponía con toda claridad una cuestión complicada referente a la desembocadura de la Gironde, si bien recuerdo. Contemplaba aquel rostro al que la concentración del pensamiento daba notable expresión de firmeza y dominio de sí mismo. Viéndole a contraluz (estaba de espaldas a la ventana), apenas distinguía yo un poco de su palidez, se notaba que estaba un tanto enflaquecido. No me sorprendía, al pensar que tenía ante mí a un hombre que acababa de perder a su muy-amada hija.

Terminada la demostración, el visitante le dió las más cumplidas gracias y se despidió. Dado que Reclus se disponía a acompañarle, el otro le rogó, muy cortesmente, que no lo hiciera. Mas, sin decir palabra, con un simple ademán, Reclus invitó a que pasara delante y siguió tras él.

Habiendo quedado sola, arrimada a la mesa situada junto a la ventana, me esforzaba en calmar mi estado de ánimo y poner orden en mis ideas. ¡Cuán diferente era todo de lo que yo me había imaginado: mi amigo aplastado bajo el peso de su dolor y yo incapaz de consolarle!

Luego oí aproximarse un paso recio y un tanto apresurado. ¿Sería de mi amigo? El solía poner una especie de coquetería en el andar con paso vivo y alegre. Entró; vino hacia mí tendiéndome las manos. Se había desprendido de la máscara que ocultaba su dolor al forastero. Ahora aparecía un rostro flácido, descompuesto. Sus ojos estaban anegados en lágrimas, contenidas entre los párpados. De los míos manaban en abundancia. Todo su rostro se iluminó con una sonrisa de una dulzura y mansedumbre incomparables. Yo no sé el tiempo que transcurrió en una recíproca contemplación. Fué Eliseo quien, al fin, rompió el silencio:

«Vamos a sentarnos y hablaremos de ella, si le parece.»

Me cedió su sillón, sentóse en una silla junto a mí, y tomándome una mano, abstraída su mirada en el espacio, un cielo de abril maravillosamente límpido, me fué hablando de Jenny. Hizo de ella un retrato radiante que no sabía reproducir. Describía a una joven encantadora, dotada de todas las cualidades más adecuadas para crear la felicidad en torno de ella: bondad, gracia, generosidad, espíritu de sacrificio, y una inteligencia aguda, vivaz...

«Y ahora ya no existe! Nadie puede escapar a tan intensa aflicción. Hay que estar preparados a ello. Aprenda, estudie, trate de saturarse de cosas bellas, escuche la música inefable, admire las obras de arte del presente y del pasado. Toda esta riqueza que en nosotros queda acumulada, nos ayuda a sostener en esos momentos de angustia. Esto, y, sobre todo, las buenas, las sólidas afecciones, como la de usted, amiga mía.»

Había ido para consolarle, y era él quien me prodigaba frases serenas y de estímulo.

Fué durante uno de nuestros breves periodos de estancia en Bruselas. Yo iba casi todos los días a pasar una hora o dos con mi viejo amigo, que redactaba en aquel entonces «El Hombre y la Tierra», imponiéndose cada día, por lo menos, la redacción del texto de una página impresa. Algunas veces la conversación se entablaba en seguida y se prolongaba; otras, cambiadas unas breves impresiones, me sentaba frente a él y hojeaba libros y revistas, preparándole una selección de artículos que podían documentarle aplica-

dos a distintos temas; o bien, copiaba pasajes de su libro. También en ocasiones, aprovechaba mi presencia para poner al día su correspondencia. Indicábame que respondiera por él a cartas de camaradas italianos, o bien—y era lo que yo más prefería—me dictaba las respuestas a las cartas de mayor importancia de sus correspondientes. A él le complacía mucho aquella manera de componer. El pensamiento, no ocupado por el acto material de escribir, se desarrollaba más libremente, con una tal seguridad, con tal precisión y belleza en la forma que me dejaba maravillada. Nunca una vacilación; jamás una tachadura. Me producía una intensa satisfacción asistir a la eclosión del pensamiento de un espíritu tan privilegiado. A veces, mis ojos contemplaban aquel rostro, absorto en su pensamiento, todo calma y serenidad, su mirada llena de luz y de gozo.

Un día, al entrar en su casa, su hermana y colaboradora, Luisa Dumesnil, a la que él amaba tanto, me dijo: «¿Sabes que, removiendo papeles viejos en el desván, acabó de encontrar algunos escritos de cuando Eliseo era joven: una cierta cantidad de poesías y también un cuaderno que lleva la mención: «Montauban, 1851» y que parece muy interesante: ¿Lo quieres?» «¿Si lo quiero? ¡Ensémelo en seguida!»

Y nos pusimos a examinar el manuscrito, de limpio trazo, hecho de mano del joven Eliseo. Escritura aquella en la que ya se hallaban los rasgos esenciales del adulto.

Entré alborozada en la estancia de Eliseo Reclus, blandiendo como un trofeo tan buen hallazgo. Y, antes de darle los buenos días, grité:

—¡No adivinaría usted lo que la tía Luisa me ha dado!

—¡Bien! ¿Y qué es ello?

—Un manuscrito de cuando usted era muy joven. De su estancia en Montauban. Trata de: «El desarrollo de la Libertad en el Mundo». (Más tarde fué publicado en «Le Libertaire».)

—¡Bah! ¡Lo que debe de ser idiota!

Recargó el acento en la última palabra, dominado por una risilla burlona.

—¡Espero que enseguida echará esto a la papelería!

Y su mirada maliciosa se burlaba ahora de mí y de aquel tesoro que yo estrechaba con afecto.

En Reclus era muy acusada su modestia y la ausencia de toda preocupación de aureola.

El desinterés, es cosa tan poco corriente, que podría creerse sólo era aparente lo que sus palabras expresaban. No era así. ¡Ni tan siquiera quiso echar una ojeada a las valiosas hojas del cuaderno!

Un día estaba sentada junto a la mesa grande de su gabinete de trabajo, frente a Eliseo Reclus, no muy absorta en la lectura, ya que adivinaba su mirada puesta en mí. Al fin, levanté los ojos y vi su dulce sonrisa contemplativa.

—Es usted perfecta, mi amiga—dijo con tierna expresión.

—¡Ah, no! ¡Yo no soy perfecta!—repliqué con viveza—. Por lo demás, nadie lo es. Ni siquiera usted, que considero el hombre que está más cercano a la perfección. Antes le miraba como a un dios; ahora le veo como hombre, lo que hace que le tenga en mucha más estima.

Mientras yo hablaba, mi viejo amigo esbozaba una sonrisa que me parecía enigmática.

Había soltado tan caprichosa expresión, un poco brusca, casi a pesar mío, bajo la impresión embarazosa que me causaba un elogio tan desproporcionado a la realidad. Me preguntaba cómo lo interpretaría mi amigo. Y una cuestión

..

acudía a mi espíritu: ¿Puede un hombre preferir ser adorado como un dios, con el matiz de superioridad que ello supone, o amado con toda la confiada espontaneidad de una exquisita intimidad? Mas, era casi hacer una injuria al hombre de corazón tan noble, tan enamorado del culto a la igualdad, tener dudas, si quiera fueran momentáneas, sobre la cualidad de sus sentimientos.

Jamás hubo hombre que fuera tan desprovisto de vanidad. Aquel que había llevado a cabo una obra inmensa, enteramente escrita de su mano: la «Geografía Universal», obra tan prodigiosa que ningún sabio concibe hoy cómo tal cosa pudo ser realizada por un solo hombre, que, a continuación, a la edad de 65 años, emprendió aún esa síntesis: «El Hombre y la Tierra», me decía, ya al fin de su vida, un día que

yo le testimoniaba mi entusiasta admiración por su obra inmensa:

«¡Bah! ¿Y qué es esto! ¿Qué importancia tiene ello en la vida de un hombre? Cuando uno se aproxima al fin de su existencia, sólo hay una cosa que cuenta: la vida interior que se ha tenido; las íntimas afecciones, las bellas amistades, las emociones vibrantes, todo lo que ha dado calor al corazón, produciendo las mayores alegrías de la existencia. Es hacia todas esas cosas que se dirige el pensamiento. Ellas se ciernen por encima de todo. ¿Y es esto lo que se echa de menos cuando el momento de abandonar la vida ha llegado!»

Clara MESNIL

(Traducción de Fontaura.)

Ecos de la vida inglesa: Dos charlas en la B.B.C. de Londres

LOS ANARQUISTAS PACÍFICOS

J. B. Priestley, el gran dramaturgo, novelista y ensayista británico, que, con los hermanos Huxley, Herbert Read, Moore, Augustus John y una pléyade de intelectuales ingleses, defiende las ideas anarquistas en Gran Bretaña, ha dado dos interesantísimas charlas en la B.B.C. de Londres, bajo el título genérico «Los anarquistas pacíficos». CENIT se honra reproduciendo estos textos, que demuestran el interés que siente la opinión inglesa por la discusión y el desarrollo de las ideas anarquistas.

Priestley, como Herbert Read y sus amigos, profesan uno de los múltiples matices de la filosofía anarquista, continuando, en cierto modo, sin la idea de Dios aún en él persistente, el pensamiento anarquista de Tolstói.—N. de la R.

— I —

EL PODER Y EL PUEBLO



OS hemos llamado anarquistas porque aborrecemos los sistemas de poder y desconfiamos de la inmensa maquinaria de autoridad, pensando que los hombres adelantarían más practicando la ayuda mutua y las asociaciones voluntarias. Nos he llamado anarquistas «pacíficos» porque no anhelamos usar la violencia y no tenemos intención de arrojar bombas. No somos miembros de ningún grupo organizado, sino simplemente un número de individuos que empiezan a pensar en una dirección determinada. No intento mencionar nombre alguno, aunque podría hacerlo, porque aquí sólo puedo

daros una tendencia de pensamiento sin todas las reservas que tendrían que hacer si algunos nombres fueran mencionados. No os pido estar de acuerdo con nosotros. Todo lo que os pido es que prestéis alguna consideración imparcial a nuestros puntos de vista. Si lo hacéis y descubrís verdades que se nos hayan escapado, entonces mucho mejor. No pretendemos obtener ningún premio, mis amigos y yo, sino, solamente, deseamos ayudarnos los unos a los otros en una situación difícil.

LA GUERRA Y LA OBEDIENCIA A LAS ORDENES

No cabe duda alguna que nos encontramos todos en una situación difícil. Tan pronto hemos terminado una guerra tenemos que empezar a pensar en prepararnos para la próxima, la cual promete ser más horrible todavía. Nadie quiere la guerra. Nosotros todos queremos la paz. Sin embargo nuestras vidas ahora están dominadas por la idea de la guerra; todos somos amantes de la paz, pero editamos tan sobrecargados de armas que apenas podemos movernos. Pasa como si un perverso encantamiento se operara sobre nosotros. Somos como hombres que sueñan en que se mueven en dirección hacia la luz del sol y no obstante se encuentran más y más hacia el norte, y el hielo espesándose a su alrededor, la noche haciéndose más y más densa. ¿Qué nos pasa? Alguna gente dirá que el mundo se condena a la guerra a sí mismo porque el hombre en el fondo es todavía agresivo; el más feroz y sanguinario de todos los seres de la tierra. Yo creo que lo es; a pesar de que el argumento está irremisiblemente fuera de moda. Las guerras modernas, llevadas a cabo entre poblaciones totales, ofrecen realmente pequeñas probabilidades a los impulsos agresivos de los hombres. Un hombre belicoso deseando camorra encontraría más satisfacción en provocar un escándalo en la taberna más próxima. De hecho, no es la bellicosidad del hombre moderno la que le lleva a la guerra, sino su docilidad. El obedecer órdenes.

Estas órdenes les son dadas por el Estado. Son los Estados y no los pueblos los que hacen las guerras totales. Pero se nos dirá que los Estados representan a los pueblos. Pero, ¿los representantes realmente? No en su capacidad guerrera, pues hemos quedado ya en que los hombres en general desean la paz. En ningún país del mundo el pueblo en general ha pedido la guerra atómica, la guerra biológica y química y todos los demás horrores; nunca se le ha pedido su opinión. Han sido los gobiernos y no los pueblos los que han creado estas pesadillas. ¿Quieren la guerra los Estados? Posiblemente no. Pero ellos no están contra la guerra en el completo sentido en que lo están sus ciudadanos ordinarios. Después de todo, el Estado es una organización guerrera que ha de ponerse de acuerdo con otras organizaciones guerreras. El Estado necesita poder y fuerza. Tú no puedes pedir al Estado moderno que deje de pensar en términos de Poder, que abandone el uso de la fuerza, como no puedes pedirle de una forma razonable a un tigre que se vuelva vegetariano. Y el Estado no es solamente un planeador de guerra, sino también una organización riesgo de guerra. Este tiene departamentos que automáticamente prosiguen líneas de conductas que inevitablemente han de conducir al choque con departamentos similares pertenecientes a otros poderes. Si la mayor parte de estas normas empleadas salen bien, los resultados obtenidos de ellas, no recompensarán al Estado por el dinero que ha gastado protegiéndose a sí mismo. Pero la máquina está en marcha y ha de seguir adelante, aunque un choque y una colisión signifiquen la ruina. Ocurre como si varios tractores gigantes, todos conducidos por hombres muy miopes pero muy obstinados, fueran lanzados a dar vueltas en un campo muy pequeño. Las conferencias discutiendo arreglos pacíficos, se hallan rodeadas por expertos afanosamente engolfados en la vieja lucha por el poder, como una brigada de bomberos rodeada por gente esparciendo gasolina.

Ahora podemos comprender por qué no podemos obtener lo que deseamos, por qué al parecer siempre nos movemos en dirección contraria. El Estado es un instrumento de guerra, la máquina que automáticamente crea situaciones peligrosas. Si en todas partes del mundo nos atareáramos en debilitar este instrumento, destruyendo la máquina, entonces podríamos irnos alejando de la guerra. Pero de hecho siempre nos encontramos elaborando el instrumento, reforzando la máquina, dándole al Estado más y más poder, ofreciéndole preciosas libertades cívicas por las que nuestros antepasados tuvieron que luchar. Y la guerra misma nos incita a hacer esto, encerrándonos en un círculo vicioso. Para hacer una guerra el Estado pide más poder, después emerge de la guerra más potente que nunca, y la sombra del próximo conflicto oscurece el horizonte. Así, odiando la guerra, nos encontramos siempre al borde de ella. Esta es la gran y terrible ironía de nuestro tiempo.

PALABRAS SIN SIGNIFICADO

Estoy de acuerdo en que la situación es complicada por el hecho de que nuestro mundo está compuesto por Estados completamente totalitarios en los cuales la gente tiene poca probabilidad de saber qué es lo que pasa en otros pueblos. Tales Estados están dominados usualmente por hombres que sufren agudamente de la enfermedad de empleo del intrigante político profesional; y hombres de esta clase naturalmente se lanzan con entusiasmo a la lucha internacional por el Poder. Y en esto consiste el juego. Y mientras más refinado sea, menor será la diferencia entre ambos lados. El conflicto final puede ser entre dos sistemas totalitarios, cada cual usando palabras como «libertad» y «democracia» en su propaganda sin saber lo

que ellas significan. Muchos de nuestros voceros denunciantes del comunismo, especialmente en América, no detestan en realidad lo que hay esencialmente de maléfico en él. Ellos estarían muy satisfechos con más y más poder y una vasta pandilla de policía secreta a sus órdenes. No se puede derrotar al totalitarismo de esta forma. Así gobernarán siempre. Mientras más se incremente la autoridad de nuestros Estados, mientras menos control tengamos sobre nuestras propias vidas, más nos acercaremos a los sistemas que se nos pide detestar.

Se dice a menudo—y muchos americanos sienten esto profundamente—que el occidente pierde la propaganda-guerra porque no tiene una respuesta pronta al reto del comunismo. Pero podía tenerla. Y su causa debería apoyarse en los Derechos del Hombre. Defendiendo estos Derechos, el occidente se convierte en retador. Si el comunismo los niega rotundamente, él empieza a perder la disputa. Si —y esto es lo más probable—él pretende defendernos también, aventurándose en mantener la ignorancia a cientos de millones de lo que se dice y se hace, aun pierde porque estas gentes no se encuentran detrás de la luna y el espejo y la resistencia de las cortinas de hierro pueden ser exagerados, de forma que si el mundo exterior fuera tan diferente, no por eso los cientos de millones iban a seguir permaneciendo en la ignorancia de este hecho. Estas gentes no se diferenciarían mucho de nosotros mismos, y ellas pueden estar más que hartas de ser intimidadas por los mandamases de partidos. Puede ser que lo que quieran sea libertad, no un cambio de dueños, un sistema de poder por otro.

UNA SITUACION INTOLERABLE

El inconveniente sobre los sistemas de Poder es que estos generalmente se hallan controlados por hombres que se hallan poseídos de un profundo deseo de Poder que nunca puede verse saciado, distinto al apetito por comer, por beber, por el goce sexual, por un vivir lujurioso. Mucha de la guerra ideológica de nuestro tiempo es meramente una capa elaborada para una lucha desnuda por el Poder. Esto explica por qué nuestro tiempo hace tanto ruido con la propaganda, por qué todos los instrumentos de persuasión y falsedad son tan rebuscados y fuertes. La gente ordinaria, hombres y mujeres, tiene que ser persuadida de que ella no quiere una cosa que realmente quiere; por ejemplo, vivir su propia vida de una forma sensible y satisfactoria; y que ella quiere lo que de hecho ella no quiere, por ejemplo, sacrificar casi todo lo que la vida tiene de digna de ser vivida a las exigencias de cualquier sistema de poder. Ella ha de ser llevada a la convicción de que lo tolerable es intolerable y que lo intolerable es tolerable. Por ejemplo, permítasenos insinuar que existen dos chinos que han olvidado la antigua sabiduría de su raza. Mao controla la tierra firme, un vasto territorio, pero declara que es intolerable que Chiang controle aun la isla vecina. Chiang, que puede considerarse afortunado de poseer su isla, declara que es intolerable que Mao posea la tierra firme. Pero lo que es verdaderamente intolerable en esta situación es que estos dos chinos podrían pegar fuego al mundo fácilmente, posiblemente condenando a millones, a quienes les importaría un bledo que ambos murieran mañana, al terror y a la agonía.

Ante peligros tan espantosos, muchas personas bien intencionadas y juiciosas nos incitan a que demandemos un gobierno mundial, el cual nos libraría para siempre del peligro de guerra. Ciertamente es preferible a la ruina del mundo. Pero no es posible llegar a poner demasiada esperanza en él. Hasta ese agudo pensador, Bertrand Russell, pudo escribir recientemente:

«Entonces, al fin, el género humano estará libre del terror del aniquilamiento científico. La vida humana se llenará de una nueva esperanza y de una nueva alegría; y los hombres entrarán en un período de felicidad y bienestar al cual, en el presente y en el pasado, no ha existido nada comparable...»

Hermosas palabras, y nosotros, anarquistas pacíficos, quisiéramos creer en ellas. Pero nosotros estimamos que tal optimismo tiene una base muy insegura. Primeramente, Bertrand Russell había declarado que su gobierno mundial se ocuparía solamente de lo necesario para la preservación de la paz, no interviniendo en los asuntos interiores de las naciones. Pero esto es un gobierno soñado, creado en el amplio y amistoso espacio de la mente de un filósofo, no algo que ha nacido en la atmósfera sofocante del Poder, no la suprema autoridad que debe dominar a todas las demás autoridades, no la meta de todo hombre que es consumido por la ambición.

Ciertamente, tal gobierno mundial podía ahuyentar el peligro de guerra, pero la paz conservada por él podría ser pronto la paz de la muerte. Para ser efectivo sería necesario que fuera muy poderoso, realmente. Pronto se encontraría entrometiéndose con todo el mundo y con todo. Podría fácilmente llegar a ser la más formidable tiranía de todos los tiempos. La oposición a éste sería considerada como la suprema traición. Para guardarse de ésta,

pronto sería considerado necesario el control del pensamiento y desaparecería la última expresión de libertad. Cualquier tentativa de vivir su vida en su propia forma por el ciudadano del mundo, sería considerada como un acto de rebelión peligrosa. La individualidad llegaría a ser la traición más grave. Mirando a los hombres desde este vasto y encastillado baluarte de autoridad mundial, sus controladores y sus burócratas les verían como a una vaga hormigueante masa, propia para ser rígidamente regulada y si fuera necesario, cruelmente condicionada, haciendo desaparecer todo pensamiento privado, suprimiendo todo impulso individual. Así la inflexible fantasía de la ficción-ciencia podría demostrar haber sido profética. El hormiguero humano ya existiría.

No vale la pena de andar más a prisa si vamos caminando en dirección equivocada. Hemos permitido a la máquina del Poder desarrollarse y reforzarse a sí misma, a costa nuestra, alimentándola con nuestro movimiento y dinero, nuestros pensamientos y libertades, nuestra propia sangre. El hombre no vive para servir al Poder. Y si el Poder no sirve al hombre, entonces debemos debilitarlo, limitar, y, si es posible, destruir sus instrumentos. Para ello, como intentaré probar a continuación, no tenemos mucho tiempo.

J. B. PRIESTLEY

Traducción: J. R.)

(CONTINUARA.)

Vidas ejemplares: LUCIEN BARBEDETTE

Hay en la vida minutos en donde todo parece inútil y sombrío, en donde uno se siente triste. En esos minutos, sólo un amigo verdadero puede aportar calma y consuelo. Sabe encontrar los gestos que alivian, las palabras que sostienen. Renueva las alegrías por encima de los sufrimientos. El universo parece más pequeño y el corazón más amplio cuando su voz consuela, cuando su sonrisa ilumina. Da la confianza a los débiles, la esperanza a los desheredados, la audacia a los que vacilan, abriéndoles un mundo maravilloso, lleno de ensueños y de promesas, en donde se borran las vilezas de la existencia.

Cuando este amigo sucumbe, cuando nunca más ha de verse su mirada afectuosa y que jamás ya han de oírse sus buenas palabras, un dolor extremo nos agobia y nos oprime. En nuestro yo inquieto, herido, mortificado, los recuerdos brillan con una dulce luz, semejante a la de los cirios iluminando alguna vieja capilla.

Me he recogido en el pasado de seres queridos y he reanimado mi ideal con su llama. Estas páginas son una corona para sus tumbas, un voto de fidelidad a la memoria de hombres generosos que guiaron la justicia y el amor hacia el prójimo (1).—J. S.

Nacido el 10 de agosto de 1890, en Lévaré (Mayenne), de padres bretones y muy creyentes, L. Barbedette quiso ser misionero, pero su razón le hizo pronto dejar los estudios eclesiásticos para buscar una vía más clara. Al precio de mil dificultades, dando lecciones aquí y allá, viviendo al día, obtuvo sus licencias de filosofía y de ciencias; pasó brillantemente el examen de doctor en filosofía de la Universidad de Bruselas, y fué nombrado profesor en Luxeuil (1919). En esta pequeña ciudad de Haute-Saône, en donde ejerció hasta su muerte, hizo una campaña en favor de los estudiantes (1923) y fundó la «Fraternidad universi-

taria», primer tipo de un grupo colocado por encima de las iglesias y de los partidos, ignorando toda jerarquía como toda imposición. El órgano de este grupo, «La Ciudad Nueva», era dirigido por Camille Belliard.

La fraternidad se volvió sin tardar el fin supremo hacia el cual tendieron los esfuerzos del joven pro-

(1) Introducción al folleto de J. Souvenance «Médaillons» (Notas sobre Espé de Metz, 1870-1937 y L. Barbedette 1890-1942). Ed. del autor, Saint-Brieuc, 1946. (N.d.T.).

fesor de filosofía. «Habiéndome inclinado hacia los desheredados —dirá más tarde— vi, naturalmente, cerrarse ante mí casi todas las puertas.» L. Barbedette, demasiado bueno y demasiado enérgico para desalentarse, expuso sus teorías en «La Ciudad fraternal» (1924) y comenzó la lucha para que una masa mecanizada al extremo no aplaste a los individuos.

«Creemos que la fraternidad —declara— puede dar a la sociedad moderna una base sólida y aun de todas la más sólida.

«La fraternidad logrará lo que no han podido ni la libertad ni la igualdad, pues supone el libre desenvolvimiento de cada uno en una armonía total, y permite asociarse a iguales sin instaurar el despotismo.

«Si pues la fraternidad de las inteligencias implicase la adopción para todos de un credo único, si debiese marcar el fin de todo nuevo esfuerzo hacia más verdad, de toda tentativa para ir más lejos de lo que ya sabemos, su llegada no sería ni posible ni duradera.»

En esta ciudad, L. Barbedette quería seres sanos, pues, «saber y talento sólo valen en la medida en donde permiten dulcificar al sufrimiento humano; al servicio de un egoísmo sin escrúpulo, se vuelven los peores auxiliares del crimen». Su libro «Métrica Moral» (1929), revela una comarca casi inexplorada de la psicología social. El estado físico, el medio, las asociaciones de ideas, los ensueños, la grafología lo ayudaron a mejor situar las causas del mal. Es necesario determinar los elementos afectivos que se esconden bajo las representaciones simbólicas de la imaginación creadora. «Ahí reside toda la novedad de la técnica psicanalítica, tan en voga en el momento actual; y es también la sola parte del sistema de Freud que sea aceptable y fecunda en consecuencias felices.»

«Por la era del corazón» (1926), preconiza el empleo de conceptos morales y la introducción de métodos experimentales en las escuelas.

«Por exceso de intelectualismo, la civilización de Europea se ha vuelto desecada para el espíritu; ha desterrado los sentimientos y desconocido los derechos del corazón. Instituciones y leyes se comportan a la manera de engranajes implacables, vacíos de toda conciencia. Sin disminuir el rol de la razón o del saber, nos esforzamos en enseñar que es urgente, para el bien de los individuos y de los pueblos, tener también en cuenta las aspiraciones generosas que honran a la especie humana.»

«Una terapéutica moral, científica al mismo título que la medicina, debe reemplazar a las envejecidas fórmulas de las cuales esperan los hombres la felicidad», tal es el principio según el cual se escribió «A la búsqueda de la felicidad» (1927). L. Barbedette aconseja romper con el snobismo, los prejuicios y los ídolos. «Como el dolor, aunque en sentido opuesto, la felicidad es el signo subjetivo, el aspecto consciente de un modo de ser físico o moral».

Y, ya que hablamos de una cosa deseada por todos, recordemos esta poesía, en donde se afirma la sensibilidad delicada del filósofo:

LE BONHEUR

N'avez-vous jamais vu la folle libellule
Par un beau jour d'été, sur le bord d'un ruisseau,
Effleurer en passant, de son aile de tulle,
La blanche et floconneuse tête du roseau ?

L'insecte diapré danse et tourne sans trêve,
Ne posant nulle part son corset de satin;
Il valse en se pâmant sur les ailes du rêve
Autour d'un nénuphar aux pétales argentins.

Ne donnez pas la chasse au danseur impalpable,
Vos doigts tiendraient en vain ce sylphe insaisissable,
Tel un souffle léger, il fuirait votre main. [sable,

Comme la libellule à l'âme ensoleillée,
Capricieux ainsi qu'une maîtresse aimée
Le bonheur apparaît, puis s'échappe soudain.

Para lograrla, importa desecar el manantial de las bajezas y de las renunciaciones. «El reino de la envidia» (1928) indica esta fuente, a pesar de «muestras élites sociales que tienen tendencia a perpetuarse».

Destruir lo arbitrario y el egoísmo, establecer una asistencia racional, de manera que el amor por uno se armonice con el amor hacia el prójimo, he ahí lo que reclama «Allende el interés» (1929).

Liberada así de las viles aspiraciones, la conciencia ampliará su campo de investigación y comprenderá mejor los fenómenos que se le aparezcan. «Frente a la eternidad» (1930), proyecta su luz por encima de los sentimientos religiosos, las profecías y toda la hojarasca que sumerge a las multitudes en la oscuridad. Comprender las leyes del Cosmos, ¿no es admitir que la «metafísica, flusoria ciencia por excelencia, se detiene en la paja de las palabras sin ofrecer el menor pan de evidencia?»

Pero nada se perfecciona sin la voluntad. «Querer y destino» (1931) demuestra lo que debe entenderse por determinismo, cuando nos detenemos en el plan experimental.

El ejemplo de Barbedette y de Lorulot, director de la «Idea Libre», prueba suficientemente las fuerzas de que cada uno de nosotros dispone para sanear su «yo», y los milagros que engendra la firmeza de carácter. Muy favorables serían las consecuencias de una feliz influencia, puesto que «es a la vida real y a la práctica corriente que debemos demandar de operar la última selección moral: lo mismo que por los frutos reconocemos al árbol, del mismo modo distinguimos por los actos al que está animado por el verdadero sentimiento de fraternidad humana, del egoísta que pasaría con alegría por encima del cadáver de todos para lograr sus fines. La acción cotidiana, tal debe ser el supremo criterium del valor moral». («Ética Nueva», 1931.)

«Hacia lo inaccesible» (1932), pesa los remedios capaces de procurar a los hombres, eternos insatisfechos, la calma interior que tanto necesitan. Estos remedios entre los cuales se coloca en primer lugar el arte, «reemplazan ventajosamente los mitos consoladores de las religiones, hoy que la ciencia ha destronado a las viejas creencias teológicas». Dejemos de lado los excitantes malsanos, para buscar la salvación en nosotros mismos.

Las religiones siempre han concebido mentiras. «Supremas ilusiones» (1933) nos desvela sus secretos. Los capítulos de este opúsculo (la religión pura; judaísmo y catolicismo; iglesia ortodoxa y protestantismo; religiones no cristianas) dan preciosas informaciones. No conozco, en esta materia, estudio más serio y más la alcance de todos. L. Barbedette (que es en filosofía lo que Flammarion fué en astronomía) es en él excelente vulgarizador al mismo tiempo que hábil abogado del libre pensamiento.

¿Qué lo divino no nos haga olvidar las cosas terrestres! A ello nos invita la «Incomparable guía» (1933), ensayo de moral biológica, rico en bosquejos originales sobre el naturismo, la higiene alimenticia, el sexualismo, los ejercicios corporales, el maquinismo y la liberación mental. «Para asegurar el desarrollo integral del ser, queremos conciliar las exigencias de la naturaleza con las del progreso y regeneración total no puede, infelizmente, efectuarse en un siglo

en donde las condiciones de trabajo imponen una imposición en todos los instantes, en donde el cerebro difícilmente reacciona contra los mitos y en donde los nobles movimientos son mofados por los apetitos vulgares. «La verdadera técnica organizadora se apoya en la razón, el interés, el amor del progreso y del ideal, y no en la fuerza. Y el orden que engendra no tiene nada de artificial, ni de arbitrario; procede de las solas exigencias experimentales y racionales que una ciencia imparcial logra descubrir.» («Al margen de la acción», 1934.)

Sería sin embargo excesivo el considerar a la naturaleza y a la sociedad como enteramente responsables de nuestras miserias. «En los orígenes del dolor» (1935), reúne en un todo coherente las verdades fragmentarias legadas por pensadores tan perspicaces como generosos, asegurándonos que «realizar en uno mismo un equilibrio armonioso, romper las cadenas con que se nos cubre, domesticar las energías físicas, tal es la triple condición de la felicidad individual y de la armonía colectiva».

Hasta en la vida más íntima, necesario es que la razón intervenga, para que cada uno de nosotros sirva al prójimo y en nada lo perjudique. Placeres, voluptuosidades se confinan a veces en las desesperanzas. Barramos los viejos usos, apliquemos el eugenismo.

«La paz del alma, tan amada por nuestros antepasados, será obtenida sin recurrir a las prescripciones de un ascetismo irracional, y sin exigir una lucha interior siempre absorbente y raramente eficaz. Auxiliar indispensable de la ética sexual, la química biológica será la providencia de los jóvenes y de los anormales. Tales mejoras compensarán, y mucho más allá, la pérdida de nuestras ilusiones que, verdad es, no estaban exentas de dulzuras.» («Notas y sugerencias», 1936.)

Controlándose, ya no más esclavo de la rutina y del instinto, el hombre resistirá mejor a la opresión. Liberado de vanas y crueles tradiciones, ya no cederá a los fascismos, escapará al yugo de la iglesia.

«Nuestros políticos, nuestros literatos, todos los que comen de la tontería humana, hablan sin cesar de orden y de disciplina. Este orden artificial y la disciplina sofocante que es su corolario se confunden, por cierto, con la indigna voluntad y el capricho arbitrario de los señores a los cuales obedece la colectividad.» («Orden y razón», 1937.)

«Una armonía racional debe sustituir a la incoherencia antinatural que representa el orden social existente.» (Id.)

El temor de los débiles por el infierno, somete a los débiles y a los perezosos. L. Barbedette, inclinándose sobre los problemas metafísicos (supervivencia, reencarnación, hipnotismo, sugestión...), constata: «Enseñándonos que una fuente de milagros reside en cada individuo, la ciencia nos ofrece un nuevo instrumento de liberación.» («Cielo lleno de estrellas», 1938.) Entusiasta, añade: «Preferimos el cielo lleno de estrellas en una noche clara y serena, a la brumosa atmósfera de los templos o las capillas, que la ignorancia se complace en poblar de fantasmas inexistentes.»

«...Nuestro cielo lleno de estrellas, es el espacio infinito que descubre la ciencia, no es el cielo raso, aunque esté decorado con gusto, de una sala en donde se cultivan peligrosos microbios: la ignorancia y la credulidad.»

Aunque notando las lagunas del saber, L. Barbedette afirma que nada es radicalmente indescifrable, contrariamente a lo que pensaron Kant y Comte. Preservémonos, recomienda, de ese montón de abstracciones y palabras huecas, que caracterizaban a la

metafísica antigua, tan querida por Bergson, Brunschwig, etc.

«Desvanecer para renacer, desmayarse de nuevo y renacer aún, sin que un término o un principio pueda ser asignado a sus eternas transformaciones, tal es el destino de la materia... Ella describe un círculo cerrado, donde no existe lugar para un fin último ni para una creación primera.» («El ciclo eterno», 1938.)

Apariencias y realidades, materia y movimiento, las definiciones dadas al alma en el curso de los tiempos y siguiendo la moda de los filósofos, como los orígenes del conocimiento, le hacen escribir: «Es bueno y es indispensable aún que el corazón intervenga, cuando se trata de un ideal adaptado a las necesidades de los hombres y las sociedades... En la ciencia, al contrario, cuando se busca exclusivamente el conocimiento y la comprensión, sólo deben intervenir la razón y la experiencia.» («Comprender», 1939.)

Después de haber examinado las religiones, inventariado la teosofía, el panteísmo y el comptismo, subraya su convicción profunda: «Se hace obra frágil mientras no se reemplacen las cuestiones secundarias por búsquedas positivas. Si la noción del progreso debe ser alineada entre los mitos, convengamos al menos que este mito encierra un alma de verdad. Pues la condición humana podrá mejorarse singularmente, y de un modo indefinido, el día en donde los pueblos, por fin salidos del servicio de la muerte pasen al de la vida... Si el punto de partida fué muy débil, el de llegada sería magnífico, si los hombres dirigieran sus pasos hacia una ciudad menos gregaria, donde los individuos serían dueños de sus destinos.» («En las esferas del ensueño. Mitos de otros tiempos y de hoy», 1940.)

La enciclopedia anarquista, dirigida por el viejo militante S. Faure, que había editado «La verdadera revolución social» (1. S. Faure: «La revolución social; Lo que debe ser; Lo que será». — 2. L. Barbedette: «De la antigüedad a la revolución francesa». — 3. V. Méric: «La Revolución francesa». — 4. Voline: «La Revolución rusa». — 5. S. Faure: «Conclusión»), imprimió un estudio muy documentado de L. Barbedette sobre la propiedad. («Un poco de historia», «Situación nacional e intelectual», «El Capital y el Estado», «Sufrimientos del proletario», «El liberalismo económico», «Carlos Marx», «El bolchevismo», «La concepción libertaria», «Motivos de esperanza».) «Este campo es mío, este rincón de tierra me pertenece; no toquéis esos frutos, pues los reivindicó; no cortéis esas flores, pues crecen en mi prado; separaos de esa fuente de limpidas aguas, pues es mi bien. He ahí, lo que por doquier oír el desheredado. Ni un terrón de tierra donde posar libremente su pié, ni un lugar para dormir sin el asentimiento del propietario.»

Aproximar a individualistas y colectivistas no le parecía irrealizable al filósofo de Luxeuil: «Desaparecido el Estado, nada se opondrá a la existencia de asociaciones construidas según modalidades muy diferentes: colectivistas e individualistas podrían coexistir, acordándose sobre esta base: que nadie tiene derecho de privar a nadie del fruto de su trabajo, pero que cada uno es libre de adoptar el modo de trabajo y la repartición que prefiera.»

L. Barbedette colaboró regularmente en numerosos periódicos, franceses y extranjeros. Miembro de honor de la Liga internacional de los combatientes de la Paz, reprobó altamente las intrigas de los belicistas, y laico censuró los tortuosos designios del clericalismo. El clero (sobre todo el español) no le perdonó la franqueza que empleaba.

Conducido por la bondad, se mostró siempre el apos-

tol de la verdad, el misionario fraternal de un puro ideal.

Yo tuve la alegría de encontrarlo en uno de los momentos más difíciles de mi juventud literaria. Su afección me consoló de muchos desengaños y me acorazó contra los golpes de adversarios deshonestos. Vino a mi casa, a Saint-Brieuc. Recuerdo la sonrisa de sus ojos, el encanto de su conversación, las palabras reconfortantes que pronunció. Su delicadeza de sentimientos, sus sabios consejos aliviaron mis inquietudes y a menudo facilitaron mis empresas. En Luxeuil, que nunca quiso abandonar para ir a una ciudad más grande, rechazando así todo ascenso, muchas familias obreras, no olvidarán la ternura con que las envolvió y los servicios que les hizo.

En el mundo artístico, la seguridad de su juicio apreciaba las obras del pintor Adler («El pintor Jules Adler»), un volumen adornado con reproducciones de cuadros, ed. Séquania, Besançon.)

L. Barbedette pensaba en el retiro, pero la guerra derribó todo proyecto. Profesó hasta el extremo límite de sus fuerzas, dejando su curso el 2 de febrero de 1942. En la casa en que vivía desde hace veinte y tres años, bajo la sombra gris de una torre, sus alumnos y su vecina, Mlle Bannerot, lo cuidaron con abnegación. Feneció el 8 de febrero. Una multitud numerosa siguió al cementerio del viejo Luxeuil un carro fúnebre sin flores ni coronas.

Barbedette, vuestro ejemplo no será vano. De las ruinas nacerá un mundo mejor, una ciudad en donde los hombres trabajarán en paz, en donde las cualidades superiores del ser podrán enfin, en el interés colectivo, desarrollarse enteramente.

J. SOUVENANCE

Traducción de Vladimir MUÑOZ.

BIBLIOGRAFIA

« Le symbolisme des tombeaux gallo-romains » (La revue archéologique, 1926).

« Etudes sur Malebranche », cinco estudios y una respuesta, aparecidos en la « Revue de l'histoire des religions » (Annales du musée Guimet) durante los años 1926, 1927, 1928 y 1929.

« La cité fraternelle », « Métrique morale », « Pour l'ère du Cœur », « A la recherche du bonheur », « Le règne de l'envie », « Par delà l'intérêt », « Face à l'éternité », « Vouloir et destin », « Vers l'inaccessible » (Ed. de la Fraternité Universitaire, Luxeuil).

« Pour la justice économique » (Ed. de l'Encyclopedie anarchiste).

« Ethique nouvelle » (Ed. de l'Aristocratie).

« Suprêmes illusions », « L'incomparable guide », « En marge de l'action », « Aux sources de la douleur », « Remarques et suggestions », « Ordre et raison » (Ed. de la Fraternité universitaire, Luxeuil).

« Le peintre Jules Adler » (Ed. Séquania Besançon).

« Ciel plein d'étoiles », « Le cycle éternel », « Comprendre », « Dans les sphères du rêve » (Ed. de la Fraternité universitaire, Luxeuil).

« La véritable révolution sociale », en colaboración con S. Faure, V. Méric y Voline. (Ed. de l'Encyclopedie anarchiste).

« L. Barbedette, théoricien de la fraternité », par M. Peyssou (Ed. de la Griffes, Paris).

« Médailles », por Jean Souvenance (Ed. del autor, Saint-Brieuc) (1).

(1) Algunas de las obras de Barbedette, no agotadas, pueden encontrarse en el Servicio de Librería de « Contre-Courant », 34, rue des Bergers, Paris (XV). — (N. d. T.).

EL PUNTO DE VISTA Y LA REALIDAD

¿Serà el nacimiento de una nueva filosofía?



IRABA yo la noche, y recordaba el día. Contraste radical con sólo haber pasado un momento astronómico entre las dos observaciones. Por esto y muchas cosas más, es natural que cada ser conceptúe la vida universal desde su especial punto de vista.

Además, con los elementos con que cuenta actualmente el hombre puede éste realizar maravillas, que maravilla es el poder

fotografiar los huesos y las vísceras de una persona viva sin menoscabo de su integridad. Maravilla es también, entre tantas otras, navegar por los aires como las aves, o por debajo de las aguas como los peces. Poder oír lo que nos dice un locutor desde el otro lado del planeta. Y la maravilla, además incomprensible, poder ver lo que se nos muestra desde cualquier confín del mundo, por medio de ese dispositivo denominado televisión. A este punto queríamos llegar, pues es incomprensible—lo repetimos—la posibilidad actual de podernos ver a nosotros mismos proyectados en un espejo en el mismo momento en que dicho reflejo está dando la vuelta a la Tierra, suprimiendo la distancia y omitiendo el tiempo, es decir, que se ha llegado al prodigioso logro de la ubicuidad, o sea que se ha conseguido, el poder, de estar al mismo tiempo en todas partes, si no en persona, por lo menos en estampa viva.

¿Queréis mayor maravilla? ¿Dónde quedan la aviación, la navegación submarina y los llamados milagros?

Por esto tratamos de enaltecer el poder de la fantasía, la cual tiene el derecho de manifestarse, si no sería humilde servidora de la realidad, y no lo que es con todos sus pronunciamientos: promotora del progreso. La que busca sin temor el más allá; la que curte al hombre al contacto de sus interrogantes contestadas y la que lo prepara con el baño de sus realidades portentosas para la eclosión de una nueva vida con mayor número y calidad de realidades superadas.

Es natural que cada ser conceptúe la vida universal con relación a cuanto le rodea y es objeto de su particular observación, y acaso también con relación a sus propias facultades individuales. La mariposa, el pez, el crustáceo, el elefante, la ardilla, el topo, el microbio, el gusano, el hombre tienen puntos de vista tan diferentes, que, si cada uno escribiera un tratado del Universo, no tendrían estos tratados entre sí, probablemente semejanza alguna.

Pero aún serían más diferentes, de mayor contraste, los tratados que producirían los elementos minerales componentes de los astros y aun los astros mismos, aunque solamente consignasen sus observaciones exteriores.

La materia profusamente y ampliamente diseminada en

el Universo, si pudiese observar, reuniría la totalidad de los infinitos aspectos de éste. En cambio un ser pensante de la Tierra o de otro sistema planetario adherido fuertemente a un grano de polvo cósmico, sujeto éste a movimientos fijos en medio de un panorama invariable, tiene tan limitado su punto de vista que su apreciación es sumamente restringida y particularísima, no siéndole posible la generalización, o dicho de otro modo, la universalización.

Es evidente, sin embargo, que el hombre puede llegar a esa universalización; puede imaginarse infinidad de puntos de vista y para ello puede encontrar ayuda en la observación, pero, el medio más poderoso para conseguirlo, es sin duda, su fantasía.

Es claro que se dice, que incurre en herejía científica quien fantasea hablando del Universo, ya que la Astronomía, que es la ciencia que lo estudia, es fundamentalmente matemática y, por tanto, sin huecos ni remansos en los que se aloje un átomo de fantasía. Pero, ahora bien, ¿es que caben en los cálculos plenamente, sin rebasar ni en un ápice el marco de las fórmulas y de las tablas esos inmensos cuadros de proporciones infinitas que la Naturaleza nos ofrece? ¿Es sólo cálculo frío la poesía, la luz y la sombra de los astros, el color y sus múltiples combinaciones? ¿Es sólo cálculo el movimiento, la dinámica, la atracción y la repulsión, las nebulosas y las corrientes estelares? ¿Abarca el cálculo lo desconocido, lo accidental, lo efímero, la gradación y el matiz? ¿Puede el cálculo expresar las reacciones del alma sensible ante la grandiosidad del Universo y componer la poesía que la contemplación del infinito vivo nos sugiere? Finalmente: ¿puede reducirse a tablas inmutables y a fórmulas austeras la emoción?

No es nuevo, sin embargo, este procedimiento, pues multitud de ilustres astrónomos han popularizado el goce ante las grandes concepciones, por medios imaginativos sumamente curiosos y a veces admirables, de cuya eficacia son testigos quienes a ellos deben el estímulo y el fundamento de sus iniciaciones en la ciencia del Cosmos.

Así, pues, podemos y aún debemos, quienes no tengamos otros medios de satisfacer las inquietudes que en nosotros suscita la contemplación del Universo, dejar volar nuestra fantasía a través del mismo; sea prendida a un rayo de luz, a la materia enrarecida de un cometa, o sencillamente, errante saltarina de uno a otro astro o como un astro más dejándose llevar por las corrientes estelares que

vienen, que atraviesan y que se dirigen eternamente al infinito, o simplemente podemos materializar nuestra fantasía en uno de esos elementos luminosos que pueblan el espacio, que los sabios llaman electrones y fotones, y dejarlo arrastrar por el torbellino de las nebulosas, que son nidos de familias cósmicas, en los que tiene lugar el desarrollo de los primeros pasos de la vida física, química, dinámica y acaso eléctrica, magnética, etc., etc.

Hemos querido significar dos cosas: la primera, nuestra pequeñez y nuestro limitado punto de vista en el concierto eterno e infinito del Cosmos. Y la segunda, la necesidad del estímulo del arte que la misma naturaleza inspira, para estimularnos y favorecernos en su propio estudio, cuya eficacia es evidente. Eficacia que se hace más patente, cuando averiguamos que la potencia visual directa tiene su límite, límite óptico y límite material por interposición de la pantalla de los propios astros. Nos rodea y rodea a todos los puntos de observación del Cosmos, seguramente, una polvareda de soles, de planetas y de nebulosas; polvareda, especie de cortina, que se va haciendo espesa e impenetrable con la distancia, y por tanto con la penetración visual de los instrumentos, lo cual significa que tenemos cerrado para siempre nuestro paso investigativo, a partir de cierta distancia. De aquí la necesidad del portentoso vehículo de la fantasía; es claro, de una fantasía educada en la práctica de los grandes problemas, de una fantasía científica, ponderada, consciente, que es la nave que todo lo surca, que todo lo penetra, que todo lo intuye y lo inquiere, aunque todo sea a su manera provisional, pero manera interesante cuando no se puede contar con otro medio.

El Universo es infinito; nuestros medios de observación, como hijos del hombre, son limitados, por tanto no están en relación ambos elementos. La fantasía es otra cosa más amplia que los medios materiales. Podemos compararla a un espejo cóncavo en el que se reducen y encuentran cabida los más extensos panoramas. Esto quizás sean las células cerebrales del ser humano, espejillos cóncavos que todo lo resumen y condensan, y que el saber sólo sea leer en ellos y expresar cuanto hayamos leído. ¿Será lo que llamamos fantasía un reflejo de la propia realidad? Quien pueda contestar afirmativamente a esta pregunta será el autor de una nueva Filosofía... «Y de una nueva Ciencia...»

Alberto CARSI

La Redacción de «CENIT» informa a sus lectores, con profundo sentimiento, de la muerte de nuestro querido colaborador Mariano Viñuales.

Hace solamente unos días, recibimos de él dos originales: uno, ya publicado: «Revistas sobre mi mesa». Otro, compuesto, y que retenemos para insertarlo en el número que pensamos dedicar a su memoria: «Dos fraudes monetarios de Carlos III». Después de estos trabajos, Viñuales nos envió una carta en la que nos decía que estaba enfermo y que los médicos le habían ordenado reposo absoluto. Y cinco días más tarde, llega la noticia brutal: Mariano Viñuales ha muerto de una lesión cardíaca.

Otro más que el exilio ha devorado. Otro más que ha dejado la vida en tierras lejanas, a donde le llevaron los avatares de la lucha.

Con su muerte, pierde el movimiento libertario español uno de sus más auténticos valores, una de sus más elevadas conciencias. Hombre recto, escritor culto, en superación constante.

En este momento, no podemos hacer más que dedicarle estas líneas conmovidas. «CENIT» honrará como se debe, en un número próximo, la obra y el hombre que acaban de extinguirse para siempre.

CRONICA CIENTIFICA

LA SEDIMENTACION SANGUINEA EN PATOLOGIA GENERAL



LOS grandes capítulos de la patología general en los que principalmente está indicada la sedimentación son: la tuberculosis, sífilis y reumatismo. Puede añadirse las hemopatías, pues la experiencia ha demostrado el interés de la sedimentación en el estudio de las enfermedades de la sangre y también porque el médico práctico podrá utilizarla, con fruto, para saber si hay motivo o no para proseguir con exámenes hematológicos más difíciles y costosos.

En fin, señalemos también su importancia en el cáncer, pues, si bien en un principio, la investigación de la sedimentación por los métodos ordinarios daba al médico más delusiones que indicaciones útiles, hoy la eritrocitosedimentación en gota gruesa parece haber cambiado el panorama.

SEDIMENTACION Y TUBERCULOSIS

Difícilmente se sigue la evolución de un tuberculoso sin acudir periódicamente al examen de la sedimentación sanguínea.

No hay duda de que en un sanatorio el tuberculoso puede beneficiarse con métodos de control más científicos. Nada puede, evidentemente, reemplazar a las placas radiográficas repetidas, ni tampoco la auscultación regular, la curva de temperatura o la del peso. Y cuando se puede es útil hacer una reacción de Vernes—resorcina o una seroaglutinación—. Y hasta puede ser interesante, desde el punto de vista de la patología general, continuar las investigaciones todavía experimentales de los otros elementos del llavero serológico. Pero, como decía León Bernard, la utilización de la reacción de Vernes en los dispensarios, para descubrir los tuberculosos, no podría tomarse en cuenta. Tampoco nada de esto es posible, en general, al médico práctico, quien, sin embargo, necesita saber, y aún más prever, para tomar a tiempo decisiones necesarias. En cambio puede pedir todo esto a la sedimentación sanguínea con grandes probabilidades de no ser defraudado.

TUBERCULOSIS PULMONAR

Sedimentación y diagnóstico

Nos llega a la consulta un joven de semblante aparentemente malo. Ha tenido, desde hace algunos días o semanas, pérdida de peso, trastornos digestivos a veces un poco de fiebre o una tos quintosa. ¿Estamos en presencia de un episodio trivial o de una tuberculosis incipiente? La familia no perdonaría que el médico se equivocara. Y, sin embargo, es un diagnóstico muy difícil en el corto tiempo de una consulta médica corriente. Hagamos al enfermo una sedimentación y obtendremos tres respuestas posibles:

Sedimentación mala: 30, 35, 40 por 100. Justifica nuestros temores y la necesidad absoluta de poner en juego los grandes medios: radioscopia, radiografía, exámenes de esputo, etc. Casi siempre los hechos justificarán la duda y no lamentaremos haber inquietado a la familia, pues se estaría muy a tiempo.

Sedimentación excelente: 3, 4, 5, por 100: hay muchas

probabilidades de que ningún episodio infeccioso esté en curso. Salvo excepciones se puede eliminar la tuberculosis. Se debe buscar por otra parte. Barbier y Piquet (1) en una joven de 15 años que parecía gravemente enferma: tos nocturna, adelgazamiento de 12 kilos, palidez, desaparición de las reglas desde hacía tres meses, encontraron, mientras se hacía el examen clínico y radioscópico que hubo de resultar absolutamente negativo una sedimentación sanguínea centrifugada en diez minutos de 2 por 100, correspondiente a la de una hora. Ante esta cifra, el examen fué dirigido en otro sentido, y se obtuvo, en medio de lágrimas la confesión de la joven: por bromas en la clase por el volumen un poco precoz de su pecho, decidió adelgazar. Para conseguirlo se provocaba vómitos, después de cada comida, con los dedos en el fondo de la boca. Los casos de anorexia mental o de adelgazamiento de origen psíquico son los más característicos, pues siempre se pueden comprobar sedimentaciones extremadamente débiles contrastando con el estado general aparente.

Sedimentación mediocre: entonces, evidentemente, el problema queda íntegro. Pero, ¿qué método de laboratorio podría permitirnos ir más lejos en la actualidad? Es el momento de obtener, a pesar de todo, que el paciente quede en observación que acaso sea un lujo, pero un lujo deseable. Es oportuno citar aquí la observación de Mattei y Jasienski (1). En 1920, una joven de 21 años, se hizo examinar con ocasión de una visita a una de sus hermanas que estaba en tratamiento en Leysin. La placa radiográfica no mostró nada más que una pequeña mancha en el lóbulo medio derecho. A la izquierda, existía una pequeña sombra a nivel del cuarto espacio intercostal, de la que nada se podía decir.

En ocho días de observación no se encontró nada más; auscultaciones y radiografías repetidas fueron negativas. No se encontró B. K., ni temperatura: el estado general era bueno. Únicamente la velocidad de sedimentación fué de 18 a 20 por 100. Con sólo esta reacción positiva, se le dió a la joven el consejo de guardar reposo, consejo que no siguió. Y fué vista, seis meses más tarde, con una caverna supracural izquierda, bacilos de Koch en los esputos y temperatura elevada. La sedimentación había sido en realidad la única señal de alarma.

Si, como en el caso precedente, se rehusa el ponerse en observación, o si esto es materialmente o socialmente imposible de obtener debemos ordenar una nueva sedimentación a los quince días para comparación. En estos casos dudosos no debemos limitarnos a la sedimentación horaria, sino practicar un examen prolongado, anotando las cifras de la segunda y tercera hora, por lo menos. Aquí cabe señalar la ventaja de la sedimentación centrifugada, pues con ella se obtienen esas tres cifras en media hora, es decir en el tiempo mínimo de los exámenes clínicos y radioscópicos. La comparación con tres semanas o un mes de intervalo, de dos curvas de sedimentación tiene, ciertamente, un valor mucho más demostrativo que la simple comparación entre dos cifras de V. S. Con frecuencia de un examen a otro, hay una transformación completa de la curva; por otra parte, el estado general ya se ha beneficiado de una cura tónica corriente; la curva del peso está en ascenso, la curva de temperatura tranquilizante y la radioscopia siempre negativa. La sedimentación sanguínea concurre a

darnos tranquilidad y dirige el diagnóstico de un episodio trivial no tuberculoso.

Pero si al segundo examen las cifras siguen siendo mediocres, o si son peores, aunque en apariencia todo vaya bien, la sedimentación nos hará un servicio muy grande. Nos induce a la prudencia y nos impide dormarnos, como se hacía muy a menudo, detrás de la «mejoría engañosa» de una iniciación de cura que no impide la agravación a veces rápida de las lesiones pulmonares.

Hay, sin embargo, tuberculosis pulmonar, a veces hasta cavitarias, que evolucionan sin modificación de la sedimentación sanguínea. Barbier y Piquet (1) citan el caso de una señorita de 30 años, que tenía una caverna retroclavicular derecha y cuya sedimentación era de 6 por 100 y 13 por 100. Con un neumotórax conducido sin incidencia iba en buena vía de curación.

Un fisiólogo decía en esa ocasión que tales casos no son excepcionales y que, en su importante clientela de especialista, veía de cinco a seis por año, lo que incidentalmente no representa sino un porcentaje mínimo.

Estos hechos, que se ven hasta con baciloscopias positivas, deben cargarse al pasivo del método de la sedimentación, por lo menos en lo que concierne a su interés diagnóstico. Sin embargo, esta sedimentación inmodificada puede, sin duda, ser interpretada como señal de una afección tuberculosa puramente local sin tendencia a la extensión.

Theodore H. Noehren (2), de Rochester, en un estudio de la sedimentación en 1.066 casos de tuberculosis pulmonar activa, encontró sedimentación normal de 20.8, 34.6, o

36.9 por ciento de casos, según criterio usado para determinar la actividad de la enfermedad, lo que, según él está de acuerdo con los informes de otras fuentes.

Sin embargo, dice, si exceptuamos la patología y bacteriología de la tuberculosis, nuestro conocimiento de la enfermedad es indirecto. El tratamiento es indirecto y no específico. El diagnóstico es también indirecto: los rayos X, después de todo, dan solamente sombras que frecuentemente pueden ser engañosas y a menudo son muy mal interpretadas y su valor es grande desde un punto de vista comparativo. Al usarlos, debe tenerse siempre presente en la mente estas reservas.

Lo mismo se puede decir de la prueba de sedimentación. Es de gran ayuda en tuberculosis, mientras no se encuentre algo específico, como las pruebas de aglutinación para otras enfermedades, debe usarse sagazmente, teniendo siempre presente sus limitaciones. Se ha dicho de la prueba de sedimentación sanguínea (De Cecio) que no hará un buen médico de uno malo; pero sí, de uno bueno uno mejor. En tuberculosis es el médico, no la prueba, quien debe hacer el diagnóstico y determinar el estado patológico.

DOCTOR X

(1) Normal Sedimentation Rates in Active Pulmonary Tuberculosis.—Theodore H. Noehren.—The Journal of Laboratory and Clinical Medicine.—Vol. 32, página 526.—1947.

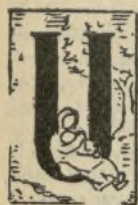
(2) La sedimentation Sanguine. Jean Barbier et Gabriel Piquet.—Masson et Cie.—Paris.—1946.

LAS ENFERMEDADES DE LOS POBRES

EL MAL DEL PINTO

«Las enfermedades conocidas como «tropicales» no son más que padecimientos que podrían ser llamados justamente «enfermedades de los países o de los pueblos pobres».

Dr. Martinez Baez.



Un día de la pasada semana llegaron a mi casa dos indios a visitarme, el uno un jovencito de 17 años de edad, y el otro de 20 años. El primero venía enfermo, el segundo le acompañaba como intérprete, pues sabía un poco el castellano. Además eran buenos amigos e iban de uno a otro lado buscando trabajo y novedades. El enfermo se desnudó y me presentó un cuerpo manchado como la piel de una pantera; padecía el Mal del Pinto, enfermedad que he estudiado con el mayor interés, por los numerosos casos que he tratado en individuos humildes y pobres, marcados tan extrañamente por el mal, para atraer la curiosidad general, como los leprosos.

El enfermo de referencia se llama Mariano Vazquez y vive en un poblado montuoso del Municipio de Lalana, de donde iba a veces a la Capital de Oaxaca, después de cinco días de viaje, a pie. No sé como se enteraron de mi presencia, tal vez por otros indios de la región, y vinieron a buscarme a través de los

atajos, dando conmigo después de varios días de caminata.

«Llevo cinco días con esta enfermedad —me dijo—, y en este tiempo las manchas me han brincado por todo el cuerpo.» Parece ser que en aquella región había muchos enfermos parecidos, que ignoraban el verdadero nombre de su dolencia, a la que llamaban «tiña» del cuerpo. Su casa era uno de los focos de la enfermedad y la padecía toda la familia. Su padre, de 75 años de edad, de oficio culebrero, la sufría hacía treinta años. Su madre, Natalia Ortiz, también estaba muy enferma, así como su hermanito, Juan, de 12 años de edad. Ninguno se había puesto en cura ni quería ponerse, y vivían amontonados en un chozo miserable. El padre se ganaba malamente la vida asistiendo a los mordidos por serpientes venenosas y era considerado como una notabilidad en la materia, aunque se morían casi todos los enfermos encomendados a su cuidado. El citado joven pasó una corta temporada en esta población, hasta que se completó el tratamiento de su enfermedad y se fué curado.

A mi llegada a México quedé sorprendido, en un viaje que hice por lugares apartados, al presentarse en mi consulta unos enfermos de la piel cubiertos de manchas de los más variados colores: plumizo, azul, morado-rojo, negro, blanco... Pronto me repuse de la primera sorpresa, estudié a fondo el asunto, y pude atender con conocimiento de causa a tan extraños sujetos, a los que la enfermedad había pintado capri-

chosamente con los más abigarrados colores.

Se trataba de una enfermedad conocida en México con el nombre de «el mal del pinto o carate». Hubo observadores que creyeron que el Mal del Pinto vino a América con los negros esclavos traídos de África, como otras enfermedades, pero esta idea no ha prevalecido. Hay aldeas en México, en las selvas del Brasil, en las llanuras de Colombia, que no han mantenido trato con los negros, y muchas veces ni con los hombres civilizados, que sus habitantes padecen el Mal del Pinto. Además esta afección es casi desconocida en los lugares habitados por negros. Puede considerarse, pues, como una enfermedad casi exclusiva de América, en la que hay, aproximadamente, un millón de atacados, advirtiendo que las estadísticas son muy incompletas.

*

Los primeros españoles que llegaron a México se vieron sorprendidos al encontrar hombres cuya piel revestía los más variados colores sin que obedecieran a pintura alguna, sino a un hecho natural motivado por una enfermedad extraña.

El mismo Hernán Cortés en una de las cartas dirigidas al Emperador Carlos V le decía: «En este país de ventura hay rarezas en el color de sus habitantes, presentando variedades en el mismo individuo.» Parece que Cortés alude al Mal del Pinto, pues no hay otra enfermedad en México, que presente variedades de color en el mismo individuo.

Gonzalo Hernández de Oviedo y Valdez es el primero que hace mención de la palabra carate, en su «Historia General y Natural de las Indias, Islas y tierra firme del Mar Oceano». Alude al Mal del Pinto cuando se refiere a las costumbres de los señores o Caciques de las costas del Atlántico, que hoy pertenecen a Colombia, de hacerse conducir por esclavos entre los indios que eran carates, es decir, que tenían todo el cuerpo o la mayor parte como descostrados, terminando la dolencia cuando se ha mudado todo el cuero de la persona.

A parte de las informaciones dadas por los que vinieron a México en son de conquista, las primeras noticias escritas se deben a la obra de Polanco (Diccionario Enciclopédico, impreso en 1766), hoy muy difícil de conseguir.

Después fué el padre Alzate (1787), quién en un escrito que trataba sobre el origen del color de los negros, señala la presencia de la Curicua (Mal del Pinto) en las proximidades del volcán Jerullo y en San Juan de Huetamo (Michoacán). Alzate creía que la aparición de la enfermedad era ocasionada por las perturbaciones atmosféricas que produjo la erupción del volcán. También pensaba que si estos enfermos se casaban entre sí, cada vez procrearían hijos más oscuros y que a la cuarta o quinta generación los descendientes llegarían a ser verdaderos negros etiopes.

En 1798 la difusión del mal había alcanzado tal magnitud en Estado de Chiapas que el Obispo Fuero se vió obligado a lanzar una pastoral en la que aconsejaba a sus jefes a dictar medidas encaminadas a evitar su propagación.

En 1811 el Gobernador de Chiapas comisionó a Antonio Berecochea para que «conforme a los conocimientos locales que haya adquirido de la anunciada lepra, informe con claridad y posibles circunstancias, el origen de ella, su modo de propagarse, y el de su exterminio.» En su informe, Berecochea manifestó que «del origen de la enfermedad Chiapaneca (asi llamaba el Mal del Pinto) no podía dar ninguna razón, puesto que los habitantes del lugar nada pueden informarle con precisión; y además porque el cuaderno de notas

del Obispo Fuero que contiene las noticias que sobre la historia de la enfermedad le remitieron los curas, sólo contiene datos como éstos: que la enfermedad es una «**endición del Patriarca Santo Domingo**»; o que se debe a un castigo de Santa Ifigenia por haberse hecho burla a su imagen. Lo más verosímil, según algunos ancianos, es que la expresada enfermedad es tan antigua como la lengua Chapaneca.» Berecochea hizo el primer estudio médico del padecimiento, diferenciándolo de otras enfermedades de la piel, y señaló la acción curativa del mercurio.

En 1826, Samuel McClellan, en un periódico de Edimburgo, publicó un artículo dando a conocer a los europeos la enfermedad que nos ocupa, afirmando que sólo son afectados por ella los individuos de la clase baja, pero no de la clase alta que viven en buenas condiciones de higiene. Tuvo el mérito de considerarla bajo el punto de vista social, tratándose de una enfermedad de los pobres.

A principio del siglo XI aparecen en Europa y América los estudios de J. J. León que dan a conocer el padecimiento en su fase avanzada.

En 1881, Ruiz Sandoval e Irys dieron a conocer su teoría sobre el origen micótico de la enfermedad, es decir, producida por un hongo microscópico. Hubo investigadores que creyeron encontrar un hongo diferente en cada uno de los colores de la piel. Esta teoría micótica, aunque errónea, se aceptó en aquella época como cosa definitiva.

En 1826, Menk y González Herrejón observando que la reacción de Wasserman era siempre positiva en los pintos y que los arsenicales orgánicos eran agentes útiles en su curación, fundaron la doctrina sobre el origen espiroquetótico del padecimiento, es decir, que el origen de la enfermedad se debía a una espiroqueta parecida a la de la sífilis. Esta teoría tuvo su confirmación en 1938 cuando varios investigadores encontraron en las lesiones de los pintos treponemas parecidos al *T. pallidum*. Uno de ellos fué el cubano León y Blanco que logró la inoculación experimental, en sí mismo y en varios individuos, fijando de una manera definitiva la evolución de este padecimiento, y dando al parásito el nombre de treponema herrejoni en honor de González Herrejón que afirmó que el padecimiento debía ser producido por una espiroqueta, once años antes de que el germen fuera descubierto.

*

En México, la zona esencialmente pintógena la constituye la cuenca del Río Balsa, enorme depresión hidrográfica que comprende el noroeste de Oaxaca, norte de Guerrero, una parte de Veracruz, la casi totalidad de Morelos, el sur del Estado de México, Puebla y Michoacán, el sureste de Jalisco y noroeste de Colima.

A parte de México, el Mal del Pinto está ampliamente difundido en Colombia, Venezuela, Brasil y el Ecuador. Con menos difusión existe en Perú, Bolivia, Guayana, Honduras, Guatemala, Nicaragua, Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo, Haití, Islas Vírgenes, Guadalupe, San Salvador y Panamá.

Esta enfermedad toma diferentes nombres, dados por la gente, en cada país, a veces imitando los caracteres más salientes de animales y plantas, sirviéndose de vocablos españoles e indígenas. En los Estados del centro y sur de México es llamada Mal de Pinto; en Tabasco y Chiapas le dicen Tiña o Mal de las Manchas; en Jalisco y Michoacán, Siricua; en Nayarit, Guaguana o Melancolia. Los aztecos la designaban con el nombre de Tzatzayanaliztli, y los caribes, Carate. Todo esto referente a México, y en los demás países hispano-americanos ocurre lo mismo.

Así en Colombia se llama Carate; en Venezuela es conocido por Cute; en Perú, enfermedad azul del Valle de Chilos; en Guatemala y Honduras, Catabi; en Panamá, Quiricua; en Cuba, Pinta. El nombre de Carate es una alusión a las manchas que se notan en las hojas de ciertos vegetales y que son así llamados en Colombia.

*

El Mal del Pinto es una enfermedad parasitaria, endémica, crónica de larga duración, contagiosa o transmisible por un factor desconocido, tal vez algunos mosquitos. No existe transmisión congénita de la enfermedad. Por lo general se presenta en los jóvenes y adultos de edad media y prevalece en las zonas cálidas y húmedas.

En la actualidad se reconoce agente causal una espiroqueta idéntica en la forma a la que causa la sífilis. Se trata de un filamento cilíndrico, arrojado en espiras helicoides, apretadas y regulares; muy movable en barrena, en torsión y flexión. Inoculada al hombre se obtiene constantemente una lesión en el punto de la inoculación, y después de un tiempo variable aparecen las lesiones de generalización. Una espiroqueta es el agente causante de la sífilis, otro lo es del begel, que se encuentra en Arabia; el pián o frambecia, que aparece en el trópico, se debe a otra espiroqueta, como así mismo el Mal del Pinto. Es difícil de determinar el parentesco entre la sífilis, begel, pián y pinto, pero los datos recogidos indican que todos estos procesos son causados por organismos perteneciente a la misma familia. Algunos investigadores creen que los tres últimos son formas atenuadas de sífilis mientras otros piensan que los cuatro microorganismos evolucionaron independientemente a partir de un antecesor común saprófito, es decir, inofensivo.

La lesión inicial es una pápula que aparece en el sitio de la inoculación, que a poco se transforma en una placa eritemato-escamosa, y después de un tiempo variable, entre meses y año, aparecen las lesiones de generalización.

Se han descrito tres períodos. El primero es el de la lesión papulosa inicial a que nos hemos referido. El segundo está caracterizado por la aparición de lesiones eritematosas planas que se denominan pínides. Estos dos períodos ocupan alrededor de un año. En el período terciario se presentan trastornos en la pigmentación cutánea, manifestados por cambios de color, diferentes tonalidades, que terminan por formar zonas descoloridas. Las manchas localizadas en diversas partes del cuerpo han sido clasificadas en tres grupos, según los colores que representan: plomizas, blancas y rojas. En algunos puntos, principalmente en las manos y pies la piel se endurece, y llega hasta formar grietas con las consiguientes molestias. El prurito o picor es muy variable, la adenopatía constante y múltiple, siendo los ganglios inguinales los que alcanzan mayor tamaño. La reacción de Wassermann es positiva en el período terciario y continúa irreductible.

El tratamiento es el mismo que el de la sífilis. Desde muy antiguo el vulgo con su buen sentimiento sospechó algo de la naturaleza de la enfermedad y empleaba el mercurio y sus sales con éxito. En 1931, se vió la acción curativa del salvarsán. Después se ha comprobado la acción curativa con todos los arsenicales trivalentes y pentavalentes, y por cualquier vía que se administra. El tratamiento sería continuo y progresivo a las dosis que se admiten para la sífilis. El bismuto puede utilizarse, pero es menos eficaz que el arsénico.

Como en la sífilis, la penicilina es muy eficaz en

la curación de esta enfermedad. En la Cuenca del Río Grijalva, en extremo sud, asemejanza de lo que ocurre en Guerrero con la del Balsa, hay numerosos enfermos pintos. Cincuenta pintosos fueron tratados con penicilina recibiendo cada uno un millón doscientas mil unidades en inyección única, habiendo curado en dos o tres meses. El tratamiento por la penicilina se ha extendido a centenares de personas. Esto fué confirmado por el Dr. Luis Mozotti especialista del Instituto de Enfermedades Tropicales.

La dificultad estriba en que los pintosos, gente pobre y atrasada, rehúsan a veces ponerse en cura.

*

Más que una enfermedad peligrosa como la oncocercosis, el Mal del Pinto es una enfermedad penosa por el tiempo que dura, sino se atiende a su curación, y la marca que imprime sobre la piel, exponiendo a los enfermos a la curiosidad pública, como si fueran leprosos. Estos enfermos pueden trabajar, pero por la coloración que adquiere su piel y el mal olor que despiden, se ven, de hecho, segregados del resto de las personas que no sufren esta enfermedad.

Se conoce actualmente el germen que produce el mal y se dispone de medicamentos eficaces para curarlos pero no se sabe con exactitud cual es el agente transmisor o vector, aunque se sospeche que sea un mosquito de la familia de los simúlidos, que abundan en las zonas pintosas. Cuando se conozca el agente transmisor se habrá dado un paso de importancia hacia la finalidad de poderse encontrar medicinas profilácticas que al ponerse en práctica abatan la incidencia de esta enfermedad.

Profundamente preocupados los organismos sanitarios, se han dictado medidas encaminadas a combatir esta enfermedad, al mismo tiempo que a la terrible oncocercosis de la que ya nos hemos ocupado en otro número de esta revista.

Tiempo atrás el Parlamento votó la suma de 250.000 pesos anuales para la investigación, tratamiento y profilaxi de la enfermedad, así como un premio de 25.000 pesos para el investigador que descubra el agente transmisor.

El mal estado general de los enfermos pintosos, con una desnutrición muy marcada, no se debe, como podía creerse, al Mal del Pinto, sino a padecimientos endémicos de la región, parasitosis intestinal, paludismo, etc. y a la alimentación insuficiente, así como al alcoholismo.

Las víctimas del Mal del Pinto son como siempre los humildes, los pobres, los explotados. La enfermedad predomina en los alrededores de los poblados, en chozas anti-higiénicas con el suelo desnudo, sin protección los moradores contra el ataque de los insectos y en íntimo contacto con los animales domésticos. El número mayor de casos se da en los indios y mestizos, y pocas veces en los blancos que viven en mejores condiciones higiénicas y casi nunca son peones agrícolas, a causa de su próspera posición económica y social.

De gran interés para la higiene pública es analizar las medidas que deben tomarse a fin de extinguir la epidemia en las comarcas invadidas e impedir su extensión a las zonas donde no existe. Hasta ahora son tres los factores conocidos que determinan la propagación de la enfermedad: presencia de un enfermo, contacto íntimo y prolongado con él y modo anti-higiénico de vivir. De aquí se deducen tres reglas profilácticas de importancia.

Primero: curar a los atacados.

Segundo: evitar la promiscuidad entre enfermos y sanos.

Tercero: mejorar las condiciones higiénicas de los habitantes de las zonas patógenas.

Pues bien, esto último no se hará en la sociedad capitalista, donde existen tantos malvados que explotan a sus semejantes, reduciéndolos a la desgracia, pero sería fácil de hacer en una sociedad de iguales, donde no existiera la explotación ni la autoridad, es decir, en donde imperara el comunismo libertario.

*

Mientras tanto, cientos de miles de pintosos se encuentran repartidos en los países hispano-americanos, todos de la clase humilde y explotada, víctimas de

su ignorancia, su miseria, su enfermedad y del aislamiento de los hombres, que huyen de ellos como antes huían de los leprosos.

¡Y sería tan fácil evitar tantos dolores! Bastaría con emplear en extinguir esta enfermedad los millones de dólares que envían los Estados Unidos a Franco, para preparar el horroroso crimen de la tercera guerra mundial. Pero no se hará nada bueno, porque la mentalidad de muchos hombres, embrutecidos por el ejercicio de la autoridad y la explotación de sus semejantes, no alberga más que sentimientos perversos.

Dr. Pedro VALLINA

Pensamientos LA DIGESTION DE UN LECTOR

TEXTOS RECOPIADOS Y TRADUCIDOS POR
VLADIMIR MUÑOZ

—Nosotros no vivimos verdaderamente nunca, aunque esperamos vivir siempre dispuestos a ser felices; por eso es inevitable que no lo seamos nunca. PASCAL.

—Lo que más se aproxima de la inmortalidad en este mundo es el papeleo administrativo. JAMES BYRNES.

—Los que creen que son solamente los grandes planes los que producen grandes resultados, parecen olvidar que la llama de un fósforo puede producir un incendio. PAUL ELDRIDGE.

—Los verdaderos héroes no son los que se festejan actualmente, porque queriendo asesinar a los otros se han matado a sí mismos; son los que están encerrados en las prisiones o deportados porque se han negado a engrosar las filas de los militares asesinos y han preferido el martirio a la desobediencia de la ley de Cristo. TOLSTOI.

—Desde hace mucho tiempo los trabajadores del mundo entero esperan la llegada de un Mesías para que los liberte de su servidumbre. Pero no ha venido ni vendrá nunca. Quisiera que de ello os convencierais, ya que nada hay que no podáis hacer por vosotros mismos. EUGENE V. DEBS.

—Los hombres deben buscarse para encontrar en conjunto el conocimiento y no para hacer prevalecer la fuerza del número. La verdad no admite alianzas con las multitudes encuadradas. W. GODWIN.

—En verdad, una nueva sociedad debería basarse sobre el armonioso acuerdo de hombres nuevos con un grupo humano nuevo: hombres libres organizados en grupos respetuosos del prójimo. ALINE AURQUET.

—La sola ética que el Estado sea capaz de suscitar es una ética de hormiguero y ésta es una de las razones permanentes del conflicto que le oponen los hombres libres. PAUL JOLY.

—El hombre que se alegra de marchar regimentado, acompañado con marcial música cae bajo mi desprecio. Pues por error ha recibido su cerebro, con la sola espina dorsal tenía ya bastante. EINSTEIN.

—Si se pretende que el derecho y las buenas costumbres son las que prevalecen, entonces cada uno tiene el derecho de morir por sus propias ideas y nadie debe estar obligado

a morir por las de los otros, pues eso es asesinato, asesinato y aun asesinato. DIDEROT.

—La guerra es el fruto de la debilidad de los pueblos y de su estupidez. ROMAIN ROLLAND.

—Nunca se mata aquello contra lo cual se pretende luchar. Sólo se asesina a seres humanos. ANDRE CHAMSON.

—Desde que se trata de aquello que eleva al hombre por encima del bruto, los mediocres empiezan con sus risas. M. CAZENOVE.

—El Estado es un inmenso cementerio adonde van a sacrificarse, morir y enterrarse todas las manifestaciones de la vida individual. BAKUNIN.

—Una vida debe ser ante todo una creación estética. PLATON.

—¿Puede acaso realizarse en la vida algo más grande que llegar al fin, a fuerza de modificarse constantemente uno mismo, a saber vivir armoniosamente? S. BLANTON.

—Una existencia ejemplar no es debida al simple capricho del azar. Se construye como una obra artística. R. JONES.

—Comencemos por el esfuerzo personal, por la pequeña biblioteca, por el estudio serio, por la meditación en la paz de nuestro cuartito y veréis cómo estas horas de recogimiento harán de nosotros otros hombres. Podremos entonces ir al círculo de estudios aportando algo de sustancial. Pero, mientras a ellos vayamos con la cabeza vacía o desordenada, volveremos con las manos vacías y el corazón inquieto. Basta ya con tanta dispersión, carreras sin sentido de reunión en reunión, tiempo precioso para siempre perdido, inteligencias alimentadas con saliva y entusiasmos decaídos antes de haber florecido. P. MONATTE.

—El país más avanzado medicalmente no es el que tiene más hospitales, sino el que menos necesidad tiene de ellos. R. MENZEL.

—Una sociedad como la nuestra que engorda a sus parásitos, alimenta muy mal a sus servidores. P. SCIZE.

—La mayoría de las deserciones, especialmente las que se hacen en masa, no son de modo alguno motivadas por el miedo de morir, sino por la voluntad de vivir. A. ANDERSCH.

—Nada hay más peligroso para un historiador que el mostrarse apasionado. M. GARCON.

—Las revoluciones, en el arte, no son a menudo más que una reinvención cándida del pasado. K. HAEDENS.

—Ninguno de los males contra los cuales pretende luchar el totalitarismo es peor que el mismo totalitarismo. A. CAMUS.

—No tengo ningún deseo de persuasión ni ningún deseo de propaganda. Poseo en el más alto grado esta fuerza—o esta debilidad—de no tener la necesidad de que nadie comparta mi pensamiento. J. ROSTAND.

—La mentira heroica es una cobardía. Sólo hay en este mundo un heroísmo: es el de ver el mundo tal cual es y el amarlo. R. ROLLAND.

—Aunque la muerte del culpable sea justa, la muerte es siempre un gesto odioso. HAN RYNER.

—Es un gran crimen el exaltar la muerte del prójimo en la guerra y no ir uno mismo a morir en ella. C. RAFEL.

—Los animales luchan y se baten por el hambre o por el amor. Sólo el hombre ha podido inventar el batirse por la gloria, es decir, por el placer. RACHILDE.

—Ningún país puede ganar una guerra moderna. Los dos contrincantes sólo pueden perderla. Un país puede lograr una victoria, que en sí misma contiene una derrota. C. WILSON.

—Procuro, en verdad, ser amigo de las gentes estimables; pero, pelearme con el prójimo es algo que está fuera de mi alcance. M. ACHARD.

—El servilismo es la antesala de la opresión. E. LOHAC.

—No se empieza nunca por el panfleto. Un polemista es un hombre que, casi siempre, ha fracasado en la novela o en el teatro. Es ese personaje del cual Forain decía: «El mismo se vomita, pero sobre los otros». F. MAURIAC.

—Toda misión y toda tarea tiene su belleza. Se trata sólo de poder y querer amarla. L. LUMET.

—Si la clase obrera tomase el poder, uno piensa y se pregunta si sería más feliz que bajo el yugo de la clase burguesa. Pues empezaría por suprimir toda libertad en el mismo nombre de la libertad. G. LACAZE-DUTHIERS.

—La guerra es una operación por la cual, gentes que no se conocen acaban por masacrarse en holocausto de la gloria y el beneficio de gentes que se conocen y no se masacran. P. VALERY.

—Una prisión es siempre una cárcel, aun para el mismo carcelero. R. MERLE.

—Toda idea justa es susceptible de ser desviada y falseada por su exageración. A. SCHUMAN.

—Nada más común en nuestro mundo de hoy que el pontificar con seguridad sobre cuestiones que se ignora completamente. LAMARLE.

—De nada soy el esclavo en este mundo. Sólo me inclino ante la necesidad natural: no soy el siervo ni del sacerdote, ni del magistrado, ni del arrastrasable. No estoy ligado a ningún partido, no obedezco a ningún prejuicio, estoy por encima del falso respeto humano y de la popularidad misma. P. J. PROUDHON.

—La responsabilidad y la libertad son las dos caras de una misma medalla. Pues no puede existir una independientemente de la otra. R. J. CLINCHY.

—La noche no es eterna y toda puerta termina por abrirse. HANS FALLADA.

—Acabemos ya de considerar a la mujer como un ser inferior. Considerémosla, más bien, como a nuestra igual y a nuestra colaboradora. Los dos sexos están hechos para completarse y no para hacerse la existencia insoportable. G. LACAZE-DUTHIERS.

—Nunca traicionaré la confianza que yo he permitido se tenga conmigo. MAX STIRNER.

—El secreto de las grandes fortunas sin causa aparente es un crimen olvidado. BALZAC.

—La guerra es una locura colectiva, una ferocidad absurda, un suicidio. ¿Cómo pretender que respete algo si tiene un rol infernal: destruir, destruir y destruir? G. LINZE.

—Hay gentes que siempre encuentran buenas excusas para no cumplir su palabra. Pero tales excusas son muy malas razones. C. MORGAN.

—La infelicidad y la desgracia son a menudo el signo de una mala interpretación de la vida. H. MONTHER-LANT.

—El delirio burocrático es una enfermedad de todas las naciones, culminada en epidemia mundial. Todo trabajo real, toda obra o acción verdadera no pueden cumplirse en nuestros tiempos, si no es a través del inmenso papeleo burocrático. M. BLANCPAIN.

—Los prejuicios no encierran por mucho tiempo a los hombres puros. M. FEDORA.

—No hay nada más terrible que el ver a la ignorancia en acción. GOETHE.

—El teólogo es un prestidigitador intelectual. Cuando, jugando con las ideas, ha demostrado la existencia de «Dios», ha hecho salir el conejo del sombrero. Y los tontos lo miran extasiados... M. DEVALDES.

—Aprended todo lo que podáis, pero sobre todo no aprendáis más de lo que podáis. Lo esencial no es el tragar sino el digerir. G. SANTAYANA.

—La honestidad es una calidad del corazón y del carácter, una virtud del alma, una verdadera nobleza. Poco importa que las gentes honestas sean pocas. Lo que importa es que son y ello basta para engrandecer al mundo. M. NORE.

—No paséis vuestra vida odiando y teniendo miedo. STENDHAL.

—El nazismo y el fascismo han reinado entre nosotros, directamente o por personas interpuestas. No sólo nos han ocupado, sino que nos han contaminado. Ningún pueblo se cura enteramente del régimen policiaco que ha sufrido. F. MAURIAC.

—El fastidio y el tedio son los males peores. SCHOPENHAUER.

—Lo que es suave y armonioso es más fuerte que lo que es duro. El agua es más fuerte que el roquedo. El amor es más fuerte que la violencia. H. HESSE.

—Los deportes modernos son los continuadores del circo de la antigüedad. Si carecen de gladiadores, tienen ahora las rivalidades nacionales, lo que los hace mucho más peligrosos. L. LE FOYER.

—El dogma es la más temible catástrofe de la ciencia; es el cementerio de las ideas y la tumba del progreso. Sería necesario antes que nada el combatir el dogmatismo. El principio pedagógico que debería enseñarse a los maestros, consistiría en hacerles repetir sin cesar que sus enseñanzas sólo son verdades provisionarias. A. LUMIERE.

—Para aquello que más amáis en la vida, no imaginad que tenéis compañeros: sabed que estáis solos en el mundo. THOREAU.

—¿Qué quieren nuestros amos? La apariencia. Sólo son mentira y bluff. Y la opinión pública es una estupidez. HAN RYNER.

—La verdadera voluntad de paz no admite ni pretexto ni razonamiento para justificar una guerra de agresión. Excluye a toda guerra ofensiva, sin excepción. Por consiguiente, la invasión liberadora es un crimen de guerra, como la misma guerra preventiva. Si los Estados Unidos declarasen una guerra para liberar del yugo soviético a las naciones de Europa central, serían criminales de guerra. Si Rusia desencadenase una guerra para liberar al proletariado del yugo capitalista de no importa qué país, sería criminal de guerra. ANCEL.

—El más fácil ser violento que moderado. C. AVELINE.

—En arte no intentéis comprender nada, pero intentad sentirlo todo. L. PELAZ.

—La sola excusa del Dios de los hombres, es que no existe. STENDHAL.

—Todo nuestro mal viene de no poder estar solos. LA BRUYERE.

—El desarrollo de los deportes es el índice de la decadencia moral de un pueblo. M. NATOLI.

—La vida material es una lucha contra toda podredumbre y la vida moral una lucha contra todo error. MULTATULI.

—La oscuridad siempre tiene aires de profundidad. F. HOCHWALDER.

—Un corazón que siempre se ofrenda se acostumbra a no demandar nunca nada. Es como el astro que nada recibe de la tierra que ilumina y fecunda. A. DELACOUR.

—El hombre a menudo confunde sin profundizar el sentido: la razón razonadora y la conciencia; el deseo y el deber; la violencia y la fuerza; la cobardía y el valor; el amor y el amor; el hombre y el hombre; la debilidad y la bondad; la hipocresía y la sabiduría... y el conocimiento con el conocimiento del Espíritu. GABY DESTOURS.

—El heroísmo militar es salvajismo. A. CHAMSON.

—Procrear como decía Novalis es experimentar con el azar. J. ROSTAND.

—Del reino animal, considerando en su conjunto, más de la mitad de las especies son parasitarias. SPENCER.

—¡Beethoven y Mozart!... son ya caducos para todo un populacho ávido de swing. ¡Balzac, Daudet, Hugo! Vivan las novelas policíacas... GABRIEL.

—Todo lobo tiene necesidad de corderos para vivir convenientemente. MULTATULI.

—La época actual está orgullosa de poseer máquinas que piensan, pero, al mismo tiempo, persigue a los hombres que tratan de pensar. H. M. JONES.

—Ciudadanos del mundo, no olvidemos nunca esta máxima: es mejor escuchar los diferentes sonidos de treinta campanas sin estar a ello obligados, que el estar forzados, bajo pena de muerte, a escuchar el sonido de una sola. P. BAY.

—Pocos ricos son los que no temen a la vez a los ladrones y a los gendarmes. J. DEVAL.

—La falsa modestia es una virtud de los débiles. J. P. SARTRE.

—Quien sabe a la vez dudar y creer, dudar y accionar, dudar y querer, está salvado. A. MAUROIS.

—El envidioso demuestra su inferioridad. V. HUGO.

—Siempre valdrá mejor el ejemplo que el sermón. P. ROCHER.

—No basta el expresar la voluntad de libertad; debemos ser capaces de realizar esta voluntad. D. ROUSSET.

—Que no dependa de nadie el que puede ser su propio dueño. PARACELSO.

—La fortuna tiene poco poder sobre el sabio. Su razón regula las cosas más grandes y las regulará siempre. EPI-CURO.

—Muchas gentes se creen dinámicos cuando sólo son excitados. JOUVET.

—Felizmente aún, en el mundo de occidente, el Estado democrático me deja mi celda en donde puedo leer a Platón y olvidar este mundo de cloacas. Pero debo darme prisa, pues esto no puede durar mucho. J. BENDA.

—Si alguien puede convencerse de que hago mal con mis ideas, con placer me corregiré, pues yo busco la verdad. MARCO AURELIO.

—El individuo noble puede florecer en todas las razas. HAN RYNER.

—No os atardéis mucho en corregir el mundo, que tal vez no tiene cura posible. Superadlo en vosotros mismos. S. VIVEKANANDA.

—La moral actual es el veneno de muchas cabezas. A. SUARES.

—La humanidad cambiando poco, puede decirse lo de aquel viejo narrador: «que mientras menos ladrones hay en las cárceles más hay en el exterior».

—Es indisciplinable el hombre en el cual domina la sensibilidad. REMY DE GOURMONT.

—¿Quién es el que decidirá que es más horrible a ver: los corazones insensibles o los cráneos vacíos? BALZAC.

—Es mucho más fácil para los mediocres el dar un puñetazo que el reaccionar contra un vicio. J. SOUVENANCE.

—El dirigismo y el estatismo son las dos plagas de nuestro mundo incoherente. P. ROCHER.

—Muchas mujeres mediocres se despojan más fácilmente de sus pantalones que de sus prejuicios. D. SCHIENERT.

—Se sigue la ruta, se choca con el obstáculo y se cae... pero uno se levanta y prosigue de nuevo su camino; para caer de nuevo una vez más, pero nunca se para y siempre se cae de más en más lejos. L. ANDRENKO.

—Cobarde no es aquel que cae, sino el que nunca se levanta. HAN RYNER.

—La mayoría de los escritores que yo he conocido, e tienen una personalidad en el papel y otra en la vida, lo que no deja de ser desconcertante. GEORGETTE LEBLANC.

—Muchas son las gentes que recuerdan a sus enemigos y olvidan a sus amigos. A. SUARES.

—Durante cuarenta años siempre he defendido el mismo principio: libertad en todo, en religión, en filosofía, en industria; y por la libertad, entiendo el triunfo de la individualidad, lo mismo sobre la autoridad que quisiera gobernar, que sobre las masas que reclaman el derecho de esclavizar la minoría a la mayoría. B. CONSTANT.

—Porque el pensador es un ser de excepción, empieza a ser un individuo extraño, inquietante y sospecho para los mediócratas. A. FRANCE.

—El verdadero intelectual es un solitario. Nunca marcha en equipo. J. BENDA.

—Santo no es el hombre que no comete la tentación, sino el que sabe vencerla. L. LEMONNIER.

—Es a fin de que tengamos lugar para errar a través del mundo que éste ha sido hecho tan vasto. GOETHE.

—¡Cuántas miserias acumuladas por culpa de los que gobiernan, pero cuántas por culpa de los gobernados! Estos últimos se encarnizan haciendo su propia desgracia por su egoísmo y su pereza de espíritu. No hacen ningún esfuerzo por instruirse, ningún esfuerzo por reflexionar, ningún es-

fuerzo para sobremontar sus propios defectos. G. LACAZE-DUTHIERS.

—La política es el arte de buscar temas de descontento, encontrando verdaderos o falsos, para mal explicarlos y agravarlos pretendiendo suprimirlos... E. BENN.

—Nuestras academias son fortalezas, atrincheradas por todas partes, en las cuales se encierran algunos hombres, que por su propia autoridad se declaran ser la «élite». G. CLEMENCEAU.

—Es difícil, en el mundo, vivir «según el espíritu del mundo». Y bien fácil es en la soledad, vivir como a uno le agrada. Por eso el gran hombre es el que, en el seno de la multitud, guarda con perfecta serenidad, la independencia de la soledad. EMERSON.

—¿Qué clase de pensamiento es ese que se deja regimenter? El pensamiento de un partido o el pensamiento de una iglesia, son pensamientos de opresión. Desde hace siglos, el espíritu se esfuerza por romper tales cadenas. Pero luego, después de una traba barrida, otras surgen... Después de las cadenas de la vieja Sorbona clerical y realista, he aquí ahora las cadenas de la universidad laica y republicana; después de las cadenas, las trabas negras, blancas, rojas, etc., aparecen ahora. Nuestro deber es no tolerar a ninguna. R. ROLLAND.

—Los espejos deberían reflexionar antes de reflejar algunas caras. A. GIDE.

—El clericalismo es una liga de los partidos del Estado o de la Iglesia, la confusión de la política y del culto, el complot de la policía y del dogma para la servidumbre del espíritu humano... H. DEPASSE.

—El orden social actual es siempre malo; de tiempo en tiempo es tan sólo soportable. De lo malo a lo soportable, la disputa no merece una simple gota de sangre. A. DE VIGNY.

—Las convenciones sociales subsisten merced al embrutecimiento general que envuelve, sostiene, garantiza y protege la imbecilidad de las gentes. Por eso la inteligencia crítica e irónica es un disolvente social. Pues no es reverenciosa para lo socialmente respetable: la mediocridad y la tontería. Y se ataca al respeto y a la credulidad, elementos conservadores de las autoritarias sociedades. G. PALANTE.

—El sentimiento hace creyentes y mártires; la razón hace pensadores. Y si es verdad que para luchar se precisa fe, no es menos cierto que la fe más inquebrantable es la que emana de la convicción y ésta es una resultante de la razón serena y analista. H. NOJA RUIZ.

Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana

(Continuación)

358. «Resistenzialismo». Roma. Suplemento de «L'Impulso». Plan de desagrado. Notas críticas sobre la orientación de la revista «Volontà». Seis páginas a pequeño formato. Fines de febrero 1950. Redactado por Arrigo Cervetto, P.C. Massini, Ugo Scattoni, Renzo Sbriccoli.

359. «Cantieri». Livorno. Cuadernos de crítica anarquista del «Collettivo Nazionali di Studio».

«Lettura di Antonio Gramsci». Livorno. 1950. 22 páginas a multicopista.

«Piattaforma» de Archinoff. Roma. 1950. 22 páginas a multicopista.

«Lecture Bakuniniane». Torino. 1952. A multicopista.

«Progetto di Linea Politica». Livorno. 1950. A multicopista.

360. «Parole e Fatti». Nápoles. «Palabras: Hacia el movimiento orientado; hechos: disgregación del movimiento». Pequeña hoja a cuatro páginas a reducido formato, suplemento de revista «Volontà», en polémica con los redactores de «Resistenzialismo». 10 abril 1950.

361. «Verso l'Anarchia». Torino. 1946. Suplemento de «Era Nuova». Pequeño formato, cuatro páginas, dos columnas. Se trata de la reproducción de un artículo de Malatesta.

362. «L'Azione Libertaria». A cargo de la Federación Anarquista de Trieste. Trieste. Reservado a los militantes. Ocho páginas a multicopista. El primer número es de febrero 1950. Salen pocos números.

363. «Pensiero Libero». Bari. Número único por iniciativa del Grupo Anarquista «Michele Schirru». Aparecen tres números: abril y julio, 1950, y enero 1951. Ocho y cuatro páginas a tres columnas. Redactor: Pasquale Roimondo. Colaboradores: Doménico Mirengi, Mario Santogata, Michele Damiani.

364. «Pensiero». Roma. Número único. Recordando a Pedro Gori en el 40 aniversario de su muerte. 8 de enero 1911-8 de enero 1950. Formato gran revista, 16 páginas. Editado por el grupo anarquista «Il Pensiero». Redactor: Giovanni Forbicini. Colaboradores: Ciccirelli Césare, G. Damiani, A. Borghi.

365. «Pensiero». Roma. Número único. 22 de julio 1950. Completamente dedicado al 18 aniversario de la muerte de E. Malatesta. Revista; 20 páginas. Editada por el grupo anarquista «Il Pensiero».

366. «Il Pensiero». Roma. 1952. Número único dedicado a «Un fiel combatiente de la Humanidad». Ernesto Diotavelli. 48 páginas.

367. «Bolletino». Torino. Federación Anarquista del Piemonte (F.A.I.). Diez páginas a multicopista. Aparecen sólo dos números: el primero a fines de 1949 y el segundo a principios de 1950.

Ugo FEDELI

(Continuará.)

POETAS DE AYER Y DE HOY

DOS BESOS

Cinco años solamente Inés contaba
Y, jugando una vez en mis rodillas,
La bésé, cual se besa a las chiquillas,
Sin notar que su hermano nos miraba.

Roja se puso de vergüenza ella
Al ver que se burlaba el rapazuelo,
Y su boca limpió con un pañuelo,
Borrar pensando la inocente huella.

Cuando hube terminado la visita
Y del salón pasaba a los umbrales,
Noté que del rubor con las señales
Me miraba de soslayo la chiquita.

Y pasaron diez años. Una tarde
Al declinar el sol al occidente
Yo le pintaba mi pasión ardiente
Con el recato del amor cobarde.

—Te amo—me dijo, de ternura llena
Y yo, de mi ilusión en el exceso,
Robé, al descuido, de su boca un beso
Más dulce que la miel de una colmena.

Ella bajó los ojos al momento
Y su morena tez tiñó de rosa,
Diciéndome, entre amante y vergonzosa:
—No me beses así. ¡Qué atrevimiento!

Dice mi madre, en sus consejos sabios
Que hay malicia en los besos encerrada,
Y miróme al soslayo muy turbada
Pero... el pañuelo no llevó a los labios.

Leónidas PALLARES Y ARTETA

A MI MADRE

Un tiempo fué que en el vergel de amores
Busqué el ideal que se forjó mi mente,
Cual busca un niño cándido, inocente,
De iris falaz los mágicos fulgores.

Ya mustias hoy de la ilusión las flores,
Amor mi labio a la beldad no miente,
Marchito y seco el corazón doliente,
Ni busco ya sus pérfidos favores.

¡Sólo un amor no me dejó amargura!
Sólo un amor amida todavía
En mi pecho con plácida ternura:

Ese amor de bonanza y de alegría,
Única fuente de eternal ventura,
Ese amor es el tuyo, ¡madre mía!

Antonio FLORES JIJON

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

Floresta de leyendas heroicas españolas. (Compiladas por Ramón Menéndez Pidal.) Rodrigo, el último godo. Tomo I.

ZORRILLA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MELENDEZ VALDES.—Poesías. Prólogo y notas de Pedro Salinas.

GARCIA GUTIERREZ.—Venganza catalana y Juan Lorenzo. Prólogo y notas de José R. Lomba.

JUAN PABLO FORNER.—Exequias de la lengua castellana. Prólogo y notas de Pedro Sainz Rodríguez.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo III. Prólogo y notas de Agustín Millares.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo I. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo I. Prólogo y notas de Jesús Rodríguez Bordona.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo I. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo II. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

SAAVEDRA FAJARDO.—Idea de un príncipe político cristiano. Tomo I. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

LARA.—Artículos políticos y sociales. Tomo III. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

QUINTANA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo II. Prólogo y notas de J. Domínguez Bordona.

JUAN VALERA.—Pepita Giménez. Prólogo y notas de Manuel Azaña.

SAAVEDRA FAJARDO.—Idea de un príncipe político cristiano. Tomo II. Prólogo y notas de García de Diego.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo II. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

FEIJOO.—Cartas eruditas. Prólogo y notas de Agustín Millares.

JUAN DE VALDES.—Diálogo de la lengua. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo III. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ALONSO VALDES.—Diálogo de las cosas ocurridas en Roma. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo III. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo IV. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

BRETON DE LOS HERREROS.—Teatro. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo IV. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

*Colección de «Clásicos castellanos»
(antiguos clásicos «La Lectura»)
a 300 francos el volumen*

CASTILLO SOLORZANO.—La Garra de Sevilla y anzuelo de las bolas. Prólogo y notas de Federico Ruiz Morcuendo.

ESPINEL.—Vida de Marcos de Obregón. Tomo I. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

BERCEO.—Milagros de Nuestra Señora. Prólogo y notas de Antonio G. Solalindo.

LARRA.—Artículos de costumbres. Tomo I. Prólogo y notas de José R. Lomba.

SAAVEDRA FAJARDO.—República literaria. Prólogo y notas de Vicente García Diego.

ESPRONCEDA.—Poesías y «El estudiante de Salamanca». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo I. Prólogo y notas de A. Millares.

FERNANDO DEL PULGAR.—Claros varones de Castilla. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ESPRONCEDA.—El Diablo Mundo. Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

ESPINEL.—Vida de Marcos Obregón. Tomo II y último. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

LARRA.—Artículos de crítica literaria y artística. Tomo II. Prólogo y notas de José Lomba.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo II. Prólogo y notas de Agustín Millares.

MONCADA.—Exposición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

SAN JUAN DE LA CRUZ.—El cántico espiritual. Prólogo y notas de Matías Martínez de Burgos.

QUEVEDO.—Obras satíricas y festivas. Prólogo y notas de J. María Salvaterra.

SALAS BARBADILLO.—La peregrinación sabia y «El sagaz Estacio, marido examinado». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

MORATIN.—Teatro («La comedia llamada Eufemia»). Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

JUAN DE LA CUEVA.—El infamador, «Los siete infantes de Tara» y «El ejemplar poético». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

FERNANDEZ PEREZ DE GUZMAN.—Generaciones y semblanzas. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

LIBROS DE ORIENTACION IDEOLOGICA

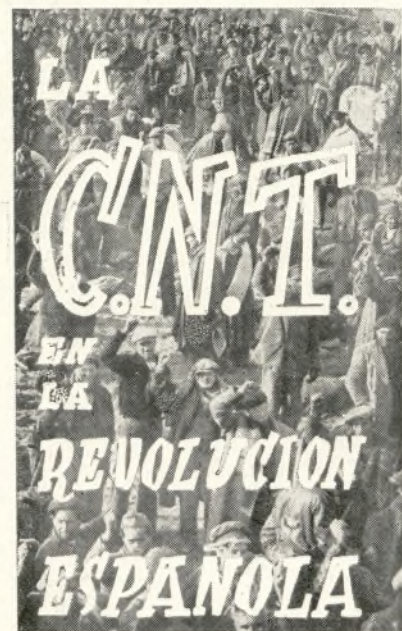
«El Proletariado Militante», de Anselmo Lorenzo. Dos tomos, 180 frs.

«El Apoyo Mutuo», de Kropotkin, 200 frs.

«Etica», de Kropotkin, 100 frs.

«El Pueblo», de Anselmo Lorenzo, 175 francos.

Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe. París (X). C.C.P. París 3308-09.



El libro que deben leer
todos los estudiosos

Ayuntamiento de Madrid